

DESARROLLO ECONOMICO CON RECURSOS ILIMITADOS DE MANO DE OBRA (*)

1. Este ensayo está escrito de acuerdo con la tradición clásica, adoptando el supuesto clásico y estudiando el problema clásico. Los clásicos, desde Smith hasta Marx, supusieron todos, o argumentaron, que, con tipos de salario de subsistencia, podía disponerse de una oferta ilimitada de mano de obra. Después analizaron cómo crece la producción a lo largo del tiempo. Encontraron la solución en la acumulación del capital, que explicaron en términos de su análisis de la distribución de la renta. Los sistemas clásicos determinaban así, de una forma simultánea, la distribución y el crecimiento de la renta, considerando como un subproducto menos importante los precios relativos de los bienes.

El interés en los precios y en la distribución de la renta sobrevivió en la era neoclásica, pero la mano de obra dejó de ser ilimitada en cuanto a su oferta y no se esperó ya que el modelo formal del análisis económico explicara la expansión del sistema en el tiempo. Estos cambios en los supuestos y en el interés se ajustaban bastante a la situación existente en algunas partes de Europa, donde la mano de obra era realmente limitada en cuanto a su oferta y donde se suponía que la expansión económica durante el medio siglo siguiente sería automática. No obstante, en una gran parte

(*) Artículo aparecido en la revista *The Manchester School of Economic and Social Studies*, mayo 1954.

Traducción efectuada por JAVIER IBASTORZA REVUELTA.

de Asia la oferta de mano de obra es ilimitada y la expansión económica no puede ciertamente presuponerse. Los problemas de Asia, sin embargo, atrajeron muy poco a los economistas durante la era neoclásica (incluso los economistas asiáticos adoptaron los supuestos y preocupaciones de la economía europea) y apenas se ha registrado progreso alguno durante casi un siglo en aquella parte de la economía encargada de aclarar los problemas con que se enfrentan los países con exceso de población.

Cuando apareció la *Teoría General* de Keynes, se creyó, al principio, que era éste el libro que aclararía los problemas de los países con exceso de mano de obra, puesto que suponía una oferta ilimitada de la misma al precio corriente, y también, en sus páginas finales, se encontraban algunas observaciones sobre la expansión secular económica. Una reflexión más atenta, sin embargo, revelaba que el libro de Keynes suponía no sólo que la mano de obra era ilimitada en cuanto a su oferta, sino que también, y más fundamentalmente, que era ilimitada la oferta de la tierra y del capital—sobre todo a corto plazo—, puesto que una vez que se abriera el grifo monetario el límite real de la expansión no estaría constituido por los recursos físicos, sino por la oferta limitada de mano de obra, y también a largo plazo, puesto que la expansión secular se vería dificultada no por una escasez, sino por una superfluidad del ahorro. A la vista de los remedios keynesianos, el sistema neoclásico vuelve de nuevo por sus fueros. De aquí, que desde el punto de vista de los países con exceso de mano de obra, el Keynesianismo constituye sólo una nota a pie de página para el neoclasicismo, si bien una nota larga, importante y fascinante. El estudiante de tales economías debe volver, por tanto, a los economistas clásicos antes de que encuentre una estructura teórica en la cual pueda encajar adecuadamente sus problemas.

El objetivo de este ensayo es, por consiguiente, ver lo que puede hacerse con la estructura clásica en la resolución de los problemas relativos a la distribución, acumulación y crecimiento, en una economía cerrada, primero, y en una economía abierta, después. No se trata de un ensayo sobre historia de las doctrinas económicas y no se ocupará, por tanto, de escritores individuales, estudiando lo que éstos exponen o señalando la validez o certeza de dicha exposición. Nuestro propósito es más bien poner al día su estructura,

a la luz del conocimiento moderno, y ver después en qué grado esto nos ayuda a comprender los problemas contemporáneos de las grandes áreas de la tierra.

I. ECONOMIA CERRADA

2. Debemos empezar concretando el supuesto de una oferta ilimitada de mano de obra y estableciendo que se trata de un supuesto útil. No defendemos, importa insistir, que dicho supuesto debe aplicarse a todas las áreas del mundo. Esto, evidentemente, no es cierto si nos referimos al Reino Unido, o a la Europa Noroccidental. No es cierto tampoco cuando se trata de algunos de los países generalmente agrupados ahora como subdesarrollados; por ejemplo, existe una escasez aguda de mano de obra masculina en algunas partes de Africa y de Hispanoamérica. Sin embargo, se trata de un supuesto relevante para las economías de Egipto, de la India o de Jamaica. Nuestra tarea actual no es remplazar la economía neoclásica, sino simplemente elaborar una estructura diferente para aquellos países que no encajan dentro de los supuestos neoclásicos (y keynesianos).

En primer lugar, puede decirse que se registra una oferta ilimitada de mano de obra en aquellos países en que la cifra de la población es tan elevada en relación con el capital y con los recursos naturales, que existen grandes sectores de la economía en que la productividad marginal del trabajo es muy pequeña, cero o incluso negativa. Varios escritores han prestado atención a la existencia de tal paro "encubierto" en el sector agrícola, demostrando en cada caso que la propiedad de la familia es tan pequeña que si algunos miembros de la misma obtuvieran otro empleo, los miembros restantes podrían seguir cultivando dicha propiedad exactamente igual (por supuesto, tendrían que trabajar más: el razonamiento incluye la proposición de que esos miembros desearían trabajar más en estas circunstancias). El fenómeno, sin embargo, no se limita al sector agrícola. Otro sector importante al que puede aplicarse lo constituye el conjunto de trabajos eventuales—los trabajadores de los puertos, los jóvenes que se abalanzan pidiendo llevar sus maletas cuando ustedes aparecen, el

cuidado ocasional de jardines, etc.—. Para estas ocupaciones generalmente existen más sujetos del número que ellas realmente necesitan, y el ingreso de cada uno de ellos es muy pequeño; con frecuencia, su número podría reducirse sin disminuir la producción del sector. Asimismo el pequeño comercio al por menor puede muy bien encajarse en este tipo; está enormemente extendido en las economías superpobladas; cada comerciante realiza sólo unas pocas ventas; los mercados están atestados de puestos, y si el número de puestos se redujera mucho los consumidores no empeorarían nada—podrían incluso mejorar—, puesto que podrían descender los márgenes de venta al por menor. Hace veinte años no podrían escribirse estas frases sin tener que detenerse y explicar por qué en estas circunstancias, los trabajadores eventuales no piden que sus ingresos se encuentren al nivel de cero, o por qué el producto de los campesinos no se consume por entero como arrendamiento, pero estas proposiciones no infunden ningún terror a los economistas contemporáneos.

Deben explicarse algo más aquellos casos en que los trabajadores no están autoempleados, sino que son asalariados, puesto que es difícil creer que los empresarios pagarán salarios que excedan a la productividad marginal. El más sobresaliente de estos sectores es el servicio doméstico que, generalmente, es incluso más importante en los países superpoblados que el pequeño comercio (en Barbados el 16 por 100 de la población está ocupada en el servicio doméstico). La razón es que en los países superpoblados el código de conducta ética está redactado de tal forma que resulta un buen sistema para cada persona el ofrecer tanto empleo como pueda. La frontera entre trabajadores y empleados es muy débil. El prestigio social requiere que la gente tenga sirvientes y que el gran señor pueda verse precisado a mantener un ejército de criados que constituya una pequeña carga para su bolsillo. Esto se registra no sólo en el servicio doméstico, sino en todos los sectores del empleo. La mayoría de los negocios en los países subdesarrollados emplean un gran número de “botones y odenanzas” cuya contribución es casi despreciable; se los ve sentados fuera de la oficina o paseando en el patio. E incluso en la quiebra más fuerte, el empresario agrícola o comercial mantiene su mano de obra en alguna u otra forma—sería inmoral despedirlos—, porque

¿cómo comerían en países en que la única forma de asistencia al paro es la caridad de los parientes? Así sucede que incluso en sectores en que la población es asalariada, y sobre todo en el sector doméstico, la productividad marginal puede ser muy baja o incluso cero.

Sin embargo, que la productividad marginal sea cero o muy baja, no reviste importancia fundamental para nuestro análisis. El precio de la mano de obra en estas economías, es un salario al nivel de subsistencia (definiremos este concepto después). La oferta de mano de obra es, por tanto, "ilimitada" en tanto en cuanto esta oferta a este precio excede a la demanda. En esta situación, pueden crearse nuevas industrias, o ampliarse industrias ya existentes sin limitación, al tipo de salario vigente; o, para expresarlo más exactamente, la escasez de mano de obra no limita la creación de nuevas fuentes de empleo. Si abandonamos la cuestión relativa al bajo nivel de la productividad marginal de la mano de obra y en vez de ella nos ocupamos solamente de en qué sectores existiría mano de obra adicional disponible si se crearan nuevas industrias ofreciendo empleo a tipos de salario de subsistencia, la respuesta viene a ser aún más general. Porque tenemos entonces no sólo a los agricultores, a los trabajadores eventuales, a los pequeños comerciantes y a los sirvientes (domésticos y comerciales), sino que podemos recurrir también a otras tres clases de población.

Primero, deben considerarse las esposas e hijas del hogar. El empleo de mujeres fuera de la familia depende de un gran número de factores, religiosos y convencionales, y no es ciertamente una cuestión exclusiva de oportunidades de empleo. Existe, sin embargo, un número de países en que, desde el punto de vista de los fines prácticos, el límite corriente lo constituye las oportunidades de empleo. Esto es cierto, por ejemplo, incluso dentro del Reino Unido. La proporción de mujeres provechosamente empleadas en el Reino Unido varía enormemente de una región a otra, de acuerdo con las oportunidades de empleo para mujeres. Por ejemplo, mientras que en 1939 existían 52 mujeres empleadas con provecho por cada 100 hombres en Lancashire, había sólo 15 mujeres empleadas por cada 100 hombres en Gales del Sur. Análogamente en la Costa de Oro, aunque existe una escasez aguda de mano de obra

masculina, cualquier industria que ofreciera buen empleo a las mujeres sería asediada de solicitudes. La transferencia del trabajo de las mujeres de familia al empleo comercial es una de las características más notables del desarrollo económico. Por supuesto, todo no es ganancia, pero ésta es importante porque la mayoría de los bienes que las mujeres producen en el hogar pueden en realidad producirse mucho mejor o más barato fuera de él, gracias a las economías de la producción en gran escala causadas por la especialización y también a la utilización de capital (molienda de grano, acarreo de agua del río, confección de paños y vestidos, preparación de la comida del mediodía, enseñanza a los chicos, cuidado de enfermedades, etc.). Una de las formas más seguras de incrementar la renta nacional es, por tanto, crear nuevas fuentes de empleo para las mujeres fuera del hogar.

La segunda fuente de mano de obra para la expansión de industrias es el incremento de la población que resulta del exceso de nacimientos sobre defunciones. Esta fuente es importante en cualquier análisis dinámico que explique cómo tiene lugar la acumulación de capital y cómo puede aumentar el empleo sin incremento alguno de los salarios reales. Fué, por tanto, una piedra angular del sistema de Ricardo. Estrictamente hablando, el aumento de la población no es relevante ni para el análisis clásico ni para el análisis que se desarrolla en este artículo, a no ser que pueda mostrarse que el incremento de la población es causado por el desarrollo económico y que no sería tan importante si no existiera dicho desarrollo. La prueba de esta proposición fué ofrecida a los economistas clásicos por la ley Maltusiana de la población. Existe ya una enorme literatura sobre la cuestión: "lo que Malthus *realmente* quería decir", dentro de la cual no necesitamos entrar. La teoría moderna de la población ha avanzado poco analizando separadamente los efectos del desarrollo económico sobre el tipo de natalidad, y los efectos sobre el tipo de mortalidad. De los primeros sabemos poco. No existe ninguna prueba de que el tipo de natalidad aumente siempre con el desarrollo económico. En la Europa Occidental ha descendido durante los últimos ochenta años. No estamos totalmente seguros por qué; sospechamos que hubo razones asociadas con el desarrollo y creemos que lo mismo puede suceder en el resto del mundo cuando

se extienda el desarrollo. Del tipo de mortalidad estamos más ciertos. Disminuyó con el desarrollo de un 40 a un 12 por 1.000 aproximadamente; en la primera etapa, debido a que una mejora en las comunicaciones y en el comercio eliminan la mortalidad provocada por la escasez local; en la segunda etapa, debido a que una mejora en los servicios de higiene pública eliminan las grandes enfermedades epidémicas de la peste, viruela, cólera, malaria, fiebre amarilla (y con el tiempo la tuberculosis); y en la tercera etapa, debido a que una extensión en los servicios para tratar a los enfermos arrebatan de las garras de la muerte a muchos que de otra forma perecerían en la infancia o en la primavera de la vida. Debido a que el efecto del desarrollo sobre el tipo de mortalidad es tan rápido y cierto, mientras que su efecto sobre el tipo de natalidad es incierto y retardado, podemos decir casi con seguridad que el efecto inmediato del desarrollo económico es causar el crecimiento de la población; después de algunas décadas el ritmo de crecimiento (creemos) disminuye. De aquí que en cualquier sociedad en que el tipo de mortalidad sea de un 40 por 1.000 aproximadamente, el efecto del desarrollo económico será generar un incremento en la oferta de la mano de obra.

Marx ofreció una tercera fuente de mano de obra que puede añadirse al ejército de reserva, es decir, al paro generado por el incremento de la eficiencia. Ricardo había admitido que la creación de maquinaria podía reducir el empleo. Marx se apoderó del razonamiento y lo generalizó, porque en el foso del paro arrojó no sólo a los desplazados por la maquinaria, sino también a los autoempleados y a los pequeños capitalistas que no pueden competir con los grandes capitalistas con dimensiones cada vez mayores, que disfrutaban de los beneficios de las economías de la producción en gran escala. En la actualidad, y teniendo en cuenta la experiencia, rechazamos este razonamiento. Está claro que el efecto de la acumulación de capital en el pasado ha sido reducir la dimensión del ejército de reserva, y no aumentarlo, de forma que lo "teóricamente posible" ha perdido interés para nosotros.

Cuando tenemos en cuenta todas las fuentes que hemos mencionado —campesinos, trabajadores eventuales, pequeños comerciantes, sirvientes (domésticos y comerciales), mujeres en la familia y crecimiento de la población— está suficientemente claro que puede

haber en una economía superpoblada una expansión enorme de nuevas industrias o nuevas oportunidades de empleo sin escasez alguna de mano de obra no cualificada que pueda aparecer como evidente en el mercado de trabajo. Desde el punto de vista del efecto del desarrollo económico sobre los salarios, la oferta de la mano de obra es prácticamente ilimitada.

Lo anterior se aplica solamente a la mano de obra no cualificada. Puede haber en cualquier época una escasez de trabajadores cualificados de cualquier grado —que abarca desde albañiles, electricistas o soldadores hasta ingenieros, biólogos o administradores—. La mano de obra cualificada puede constituir el embotellamiento de la expansión, del mismo modo que el capital o la tierra. La mano de obra cualificada, sin embargo, es solamente lo que Marshall podría haber llamado un “cuasi embotellamiento” si no hubiera tenido un sentido tan delicado de la elegancia del lenguaje. Porque constituye sólo un embotellamiento temporal, en el sentido de que si existe capital disponible para el desarrollo, los capitalistas o el Gobierno proporcionarán pronto los servicios para adiestrar población más cualificada. Los embotellamientos reales para la expansión son, por tanto, el capital y los recursos naturales, y podemos proceder bajo el supuesto de que, en tanto en cuanto se disponga de éstos, se dispondrá también de mano de obra cualificada, si bien, quizás, con algún retraso de tiempo.

3. Si se dispone de mano de obra en forma ilimitada, mientras que el capital es escaso, sabemos, de acuerdo con la ley de las proporciones variables, que el capital no debe diseminarse ligeramente sobre toda la mano de obra. Sólo debe aplicarse a la mano de obra el capital suficiente para reducir la productividad marginal del trabajo a cero. En la práctica, sin embargo, no se dispone de mano de obra a un tipo de salario de cero. El capital se aplicará, por tanto, sólo hasta el punto en que la productividad marginal del trabajo se iguale al salario corriente. Podemos ilustrar lo anterior en la figura 1. El eje horizontal representa la cantidad de trabajo, y el eje vertical su producto marginal. Existe un volumen fijo de capital. $O W$ es el salario corriente. Si el producto marginal del trabajo fuese cero fuera del sector capitalista, podría emplearse tanta mano de obra como $O R$. Pero en el sector capitalista sería más rentable emplear sólo $O M$. $W N P$ es el excedente de los capitalistas. $O W P M$

constituye los salarios para los trabajadores en el sector capitalista, mientras que los trabajadores fuera de este sector (es decir, más allá de M) ganan lo que pueden en el sector de subsistencia de la economía.

El análisis requiere una elaboración adicional. En primer lugar, después de lo que hemos dicho al comienzo sobre la existencia de algunos empresarios en estas economías que mantienen criados, puede parecer extraño argüir ahora que la mano de obra será empleada

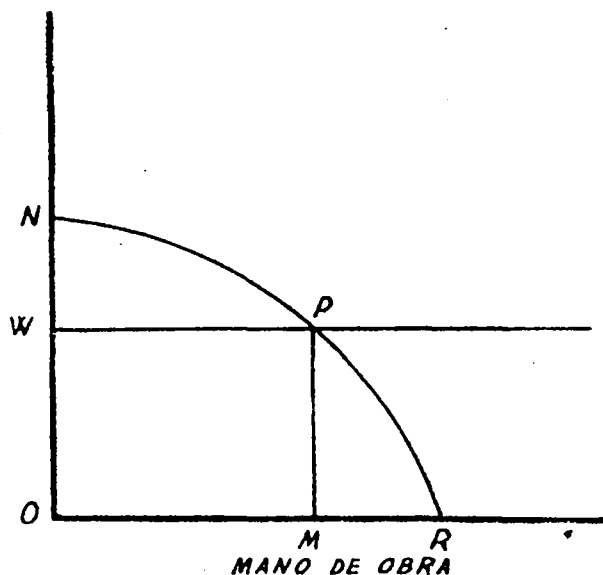


FIGURA I

hasta el punto en que el salario iguale a la productividad marginal. No obstante, éste es probablemente el supuesto razonable que debe hacerse cuando comenzamos el análisis de la expansión del sector capitalista de la economía. Porque el tipo de capitalista que lleva a cabo la expansión económica no es el mismo que el tipo de empresario que trata a sus empleados como criados. Aquel tiene una mentalidad más comercial y es más consciente de la eficiencia, coste y rentabilidad. De aquí que, si nuestro interés reside en expandir el sector capitalista, el supuesto de maximización del beneficio constituye probablemente una franca aproximación a la verdad.

En segundo lugar, precisemos el uso de los términos sector "capitalista" y sector de "subsistencia". El sector capitalista es aquella parte de la economía que utiliza capital reproducible y, por tanto, remunera a los capitalistas por su utilización. (Esto coincide con la definición de Smith de trabajadores productivos, que son aquellos que trabajan con capital y cuyo producto puede, por tanto, venderse a un precio superior a sus salarios.) Podemos pensar, si queremos, en los capitalistas que alquilan su capital a los campesinos; en cuyo caso, existiendo por definición un número ilimitado de campesinos, sólo algunos conseguirán capital, y éstos tendrán que pagar por su utilización un precio que les dejará solamente unos ingresos de subsistencia. Con más frecuencia, sin embargo, el uso del capital es controlado por los capitalistas, que alquilan los servicios de la mano de obra. El análisis clásico se desarrolló, por tanto, bajo el supuesto de que el capital era utilizado para alquilar gente. Esto no altera el desarrollo lógico que, por conveniencia, seguirá este análisis. El sector de subsistencia es, en cambio, toda aquella parte de la economía que no está utilizando capital reproducible. La producción "per capita" es más baja en este sector que en el sector capitalista, porque no es fecundada por el capital (ésta es la razón por la que se llama "improductivo"; la distinción entre productivo e improductivo no tiene nada que ver con la cuestión de si el trabajo proporciona utilidad, como algunos neoclásicos han, desdeñosa pero erróneamente, afirmado). Cuando se dispone de más capital, puede atraerse un mayor número de trabajadores al sector capitalista desde el sector de subsistencia, y su producción "per capita" aumenta cuando se trasladan de un sector a otro.

En tercer lugar, nosotros tenemos en cuenta el hecho de que el sector capitalista, así como el sector de subsistencia, puede también ser subdividido. Lo que nosotros tenemos no es una isla de empleo capitalista en expansión rodeada por un vasto mar de trabajadores de subsistencia, sino más bien un número de pequeñas islas. Esta circunstancia es muy típica de países que se encuentran en sus primeras etapas de desarrollo. Encontramos unas pocas industrias altamente capitalizadas, tales como la minería o la energía eléctrica, al lado de las técnicas más primitivas; unos pocos comercios de elevada categoría rodeados de un gran número de comerciantes al viejo estilo; unas pocas plantaciones altamente

capitalizadas, rodeadas por un mar de campesinos. Pero encontramos también los mismos contrastes fuera de su vida económica. Existen una o dos ciudades modernas, con la más fina arquitectura, abastecimiento de aguas, comunicaciones, etc., a las cuales llegan gentes de otras ciudades y aldeas que podrían casi pertenecer a otro planeta. Existe incluso el mismo contraste entre la población; contraste entre algunos pocos nativos altamente occidentalizados, vestidos de acuerdo con la moda europea, educados en las universidades de occidente, que hablan lenguas del occidente y presumen de Beethoven, Mill, Marx o Einstein, y la gran masa de nativos que viven totalmente en otros mundos. El capital y las nuevas ideas no están igualmente difundidos en toda la economía; se encuentran altamente concentrados en un número de puntos desde los que se propagan al exterior.

Aunque el sector capitalizado puede subdividirse en islas, se trata de un solo sector debido al efecto de la competencia que tiende a igualar los ingresos del capital. El principio de la competencia no requiere que se emplee la misma suma de capital por persona en cada "isla", o que el beneficio marginal sea el mismo. Así, incluso aunque los beneficios marginales fueran los mismos en todos los sitios, algunas islas que registran rendimientos decrecientes pueden ser más rentables que otras, si los capitalistas propietarios de esas islas han acaparado los puntos de ventaja. Pero, en cualquier caso, los beneficios no son los mismos en todos los sitios. En las economías atrasadas el conocimiento técnico es uno de los bienes más escasos. Los capitalistas tienen experiencia de ciertos tipos de inversión, como comercio o agricultura de plantación, pero no de otros, como manufacturas, y se adhieren a lo que ellos conocen. De esta forma la economía se encuentra con frecuencia desequilibrada en el sentido de que se registra una inversión excesiva en algunos sectores y una subinversión en otros. También, las instituciones financieras están más desarrolladas para algunos fines que para otros, el capital puede conseguirse más barato para el comercio, pero no para la construcción de viviendas o para la agricultura, por ejemplo. Incluso en una economía muy desarrollada la tendencia del capital a difundirse a través de toda la economía es muy débil; en una economía atrasada apenas se registra este hecho. Ineludiblemente, lo que

se consigue son algunos remiendos muy desarrollados, rodeados de una gran lobreguez económica.

También debemos decir algo sobre el nivel de los salarios. El salario que el sector capitalista en expansión tiene que pagar está determinado por lo que la gente puede ganar fuera de este sector. Los economistas clásicos acostumbraban a pensar en el salario como determinado por lo que se requiere para el consumo de subsistencia, y efectivamente esta puede ser la solución acertada en algunos casos. Sin embargo, en las economías en que la mayoría de la población son campesinos que trabajan sus propias tierras, tenemos un índice más objetivo, porque el mínimo al que el trabajo puede comprarse se fija ahora por el producto medio del agricultor; los hombres no dejarán la familia para buscar empleo si el salario es menor de lo que podrían consumir si permanecieran en casa. Este nivel objetivo desaparece de nuevo si los campesinos tienen que pagar renta, porque sus ingresos netos entonces dependerán de la suma de renta que tengan que satisfacer, y en los países superpoblados la renta se ajustará probablemente de forma que les quede bastante para un nivel convencional de subsistencia. No es cuestión, sin embargo, de gran importancia para nuestro razonamiento el hecho de que los ingresos en el sector de subsistencia se determinen objetivamente por el nivel de productividad del campesino, o subjetivamente en términos de un convencional nivel de vida. Cualquiera que sea el mecanismo, el resultado es una oferta ilimitada de mano de obra para la cual se da el nivel mínimo de ingresos.

El hecho de que el nivel de salarios en el sector capitalista dependa de los ingresos registrados en el sector de subsistencia es algunas veces de inmensa importancia política, puesto que su efecto es que los capitalistas tengan un interés directo en mantener baja la productividad de los trabajadores de subsistencia. Así los propietarios de plantaciones no tienen ningún interés en conocer nuevas técnicas o proporcionar nuevas semillas a los campesinos, y si son influyentes en el gobierno, se verá que no utilizan su influencia para ampliar los servicios de extensión agrícola. No favorecerán propuestas de reforma agraria; al contrario, con frecuencia se observará que expulsan a los campesinos de sus tierras (cf. Marx en "Primary Accumulation"). Esta es una de las más lamentables características del imperialismo. Los imperialistas invierten capital

y alquilan trabajadores; se benefician de mantener los salarios bajos, e incluso en aquellos casos en que realmente no se esfuerzan por empobrecer la economía de subsistencia, muy raramente se verá hacen algo por hacerla más productiva. En efecto, la experiencia de cualquier poder imperial en África en los tiempos modernos es la de empobrecer la economía de subsistencia o arrebatar la tierra del pueblo, o demandar mano de obra forzada en el sector capitalista, o imponer tributos para empujar a la población a trabajar para los empresarios capitalistas. Comparado con lo que gastan en proporcionar servicios para la agricultura o minería europeas, el gasto en la mejora de la agricultura africana ha sido insignificante. El fallo del imperialismo para aumentar los niveles de vida no es totalmente atribuible al interés propio, sino que existen muchos lugares en que puede constituir un efecto de la tendencia a tener capital imperial invertido en la agricultura o en la minería.

Los ingresos en el sector de subsistencia fijan un "suelo" o nivel mínimo para los salarios en el sector capitalista, pero en la práctica los salarios tienen que ser más altos que en el primer sector y existe generalmente una diferencia de un 30 por 100 o más entre los salarios capitalistas y los ingresos de subsistencia. Esta diferencia puede explicarse de varias maneras. Parte de la diferencia es ilusoria, debido al mayor coste de vida en el sector capitalista que puede ser efecto, a su vez, de la concentración del sector capitalista en ciudades congestionadas de forma que las rentas y los costes de transporte son más elevados. Con todo, existe también generalmente una diferencia substancial en los salarios reales, que puede ser debida al coste psicológico de las transferencias desde la fácil forma de vida del sector de subsistencia a la más organizada y urbanizada circunstancia del sector capitalista. O puede ser un reconocimiento del hecho de que incluso el trabajador no cualificado es más valioso en el sector capitalista después que ha estado allí algún tiempo, que el recién llegado del campo. O puede representar una diferencia de niveles convencionales, debido a que los trabajadores en el sector capitalista adquieren unos gustos y un prestigio social que tiene que ser reconocido de una forma convencional mediante salarios reales más elevados. Que esta última razón puede ser la explicación, lo sugieren casos en que los trabajadores capitalistas se organizan en

sindicatos y discuten para proteger o incrementar su diferencia. Pero esta diferencia se da incluso donde no existen sindicatos.

El efecto de esta diferencia es mostrada gráficamente en la figura II, que se ha trazado sobre las mismas bases que la figura I. OS representa ahora los ingresos de subsistencia y OW el salario capitalista (real, no monetario). Empleando una analogía con el mar, diremos que la frontera de la competencia entre la mano de obra capitalista y la de subsistencia no aparece como una playa, sino como un escollo.

Este fenómeno de una diferencia entre los ingresos de los diferen-

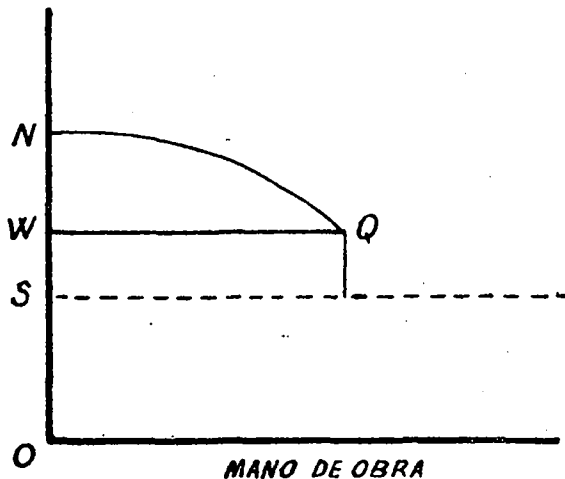


FIGURA 2

tes sujetos competidores se encuentra incluso en las economías más adelantadas. Una gran parte de la diferencia entre los ingresos de las diferentes clases de población (grados de cualificación, de educación, de responsabilidad o de prestigio), puede describirse solamente en estos términos. Tampoco este fenómeno se limita a la mano de obra. Sabemos que dos empresas en un mercado de competencia no necesitan tener los mismos beneficios medios si una tiene alguna superioridad sobre la otra; la diferencia se refleja en las rentas de la tierra, y sólo se requiere que los tipos marginales de productividad sean los mismos. Sabemos también que los tipos marginales no serán los mismos, si prepondera la ignorancia —hemos mencionado antes

este punto—. Lo que confunde con frecuencia en una industria competitiva es encontrar una diferencia en los beneficios marginales, o en los costes marginales, sin ignorancia, y, sin embargo, que la empresa más eficiente no expulse a sus rivales de los negocios. Es como si el más eficiente dijera: "Podría competir contigo, pero no quiero" que es también lo que dice la mano de obra de subsistencia cuando no se traslada al empleo capitalista a no ser que los salarios reales sean substancialmente más elevados. La empresa más eficiente, en vez de competir donde quiera que sus costes reales sean marginalmente menores que los de sus rivales, establece por sí misma niveles superiores de remuneración. Paga a sus trabajadores más y prodiga servicios de seguridad social, becas de estudio y pensiones. Demanda un tipo más elevado sobre sus inversiones marginales; donde sus competidores estarían satisfechos con un 10 por 100, ella demanda un 20 por 100. Introduce gastos de prestigio, contribuyendo para los hospitales, universidades, ayuda a los damnificados por inundaciones, etc. Sus directivos más elevados gastan su tiempo en reuniones de comités públicos y tienen que tener delegados que realicen sus trabajos. Cuando se tiene todo esto en cuenta no es sorprendente encontrar un equilibrio competitivo en el que las empresas con costes elevados sobreviven fácilmente al lado de empresas con una eficiencia mucho mayor.

4. Hasta aquí hemos simplemente preparado el escenario. Comienza ahora la representación. Porque podemos ya empezar a delinear el proceso de la expansión económica.

La clave del proceso es la utilización que se hace del excedente capitalista. En tanto en cuanto éste se reinvierta creando nuevo capital, el sector capitalista se expandirá, tomando más gente del sector de subsistencia para su empleo en el capitalista. El excedente es entonces aún mayor, la formación de capital es aún más grande y el proceso continúa de esta forma hasta que el excedente de mano de obra desaparece.

OS representa, como antes, los ingresos medios de subsistencia y OW el salario capitalista. $W N_1 Q_1$ representa el excedente en la etapa inicial. Puesto que alguna parte de este se reinvierte, el volumen de capital fijo aumenta, de aquí que la curva de la productividad marginal del trabajo aumenta hasta el nivel $N_2 Q_2$. Tanto el excedente como el empleo capitalista son ahora mayores. La

inversión adicional trasladada hacia arriba la curva de la productividad marginal del trabajo hasta $N_3 Q_3$. Y el proceso continúa mientras exista mano de obra en exceso.

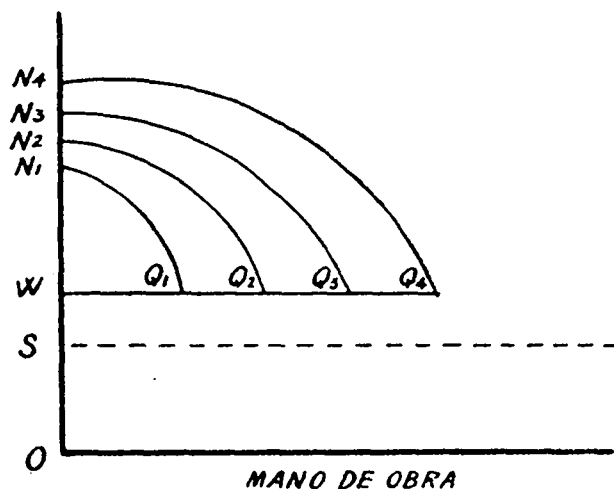


FIGURA 3

Importa hacer algunos comentarios. Primero, en lo que se refiere a la relación entre el capital, el progreso técnico y la productividad. En teoría es posible distinguir entre el crecimiento del capital y el crecimiento del conocimiento técnico, pero en la práctica no es ni posible ni necesario para este análisis. Como materia del análisis estadístico, la diferenciación de los efectos del capital y del conocimiento en cualquier industria es correcta si el producto es homogéneo en el tiempo, si no cambian los factores físicos (del mismo modo) y si los precios relativos de los factores permanecen constantes. Pero cuando tratamos de aplicarlo a cualquier industria en la práctica, generalmente encontramos que el producto, los factores y los precios relativos han cambiado de forma que obtenemos números índices cualesquiera del progreso técnico a partir de los mismos datos, de acuerdo con los supuestos y la clase de número índice que utilizemos. En cualquier caso, para los objetivos de este análisis es innecesario distinguir entre formación del capital y crecimiento del conocimiento técnico dentro del sector capitalista. El crecimiento del conocimiento técnico fuera del sector capitalista sería

sumamente importante, puesto que aumentaría el nivel de los salarios, y así reduciría el excedente capitalista. Pero dentro del sector capitalista el conocimiento y el capital actúan en la misma dirección, aumentando el excedente y el empleo. Todos estos factores trabajan juntos. La aplicación de nuevo conocimiento técnico generalmente requiere una nueva inversión, y si dicho nuevo conocimiento implica ahorro de capital (lo cual equivale a un incremento en el capital) o ahorro de trabajo (lo cual equivale a un incremento en la productividad marginal del trabajo) no altera nuestro diagrama. El capital y el conocimiento técnico también actúan juntos en el sentido de que, en las economías donde las técnicas se encuentran en una situación estacionaria, el ahorro no se aplica con tanta rapidez para un incremento de capital productivo; en tales economías es más corriente utilizar el ahorro para construir pirámides, iglesias y otros bienes de consumo durables. Consiguientemente, en este análisis el crecimiento del capital productivo y el crecimiento del conocimiento técnico son tratados como un solo fenómeno (lo mismo que antes establecíamos que podíamos tratar el crecimiento de la oferta de mano de obra cualificada y el crecimiento del capital como un solo fenómeno en el análisis a largo plazo).

Segundo, hemos de considerar más atentamente el excedente capitalista. Malthus quería saber lo que los capitalistas harían con su excedente siempre creciente; ¿se convertiría éste en confusa abundancia de bienes? Ricardo replicó que no habría ninguna abundancia; lo que los capitalistas no consumían ellos mismos, lo utilizarían para pagar los salarios de los trabajadores para crear más capital fijo (esta es una interpretación libre, puesto que los economistas clásicos asociaron la expansión del empleo a un incremento del capital circulante más bien que del capital fijo). Este nuevo capital fijo haría posible en la próxima etapa el empleo de más gente en el sector capitalista. Malthus insistió; ¿por qué los capitalistas producirían más capital para dar lugar a un mayor excedente que sólo podría utilizarse para producir todavía más capital y así "ad infinitum"? Marx contestó: los capitalistas tienen pasión de acumular capital. Ricardo ofreció otra respuesta: si no desean acumular, lo consumirán en vez de ahorrar; suponiendo que no exista propensión a atesorar, no existirá superabundancia. El empleo en la próxima etapa no será tan grande como habría sido si

hubieran creado más capital fijo y así absorbido más trabajadores hacia el sector capitalista, pero en tanto en cuanto no se registre atesoramiento no existe diferencia alguna para el nivel corriente de empleo por el hecho de que los capitalistas decidan consumir o ahorrar. Malthus entonces planteó otra cuestión: supongamos que los capitalistas ahorran e invierten sin atesoramiento, ¿el hecho de que el capital aumente con más rapidez que el consumo hará descender el tipo de beneficio sobre el capital hasta un punto en que decidan que no vale la pena invertir? Esto, replicó Ricardo, es imposible; puesto que la oferta de mano de obra es ilimitada, se puede encontrar siempre empleo para cualquier suma de capital. Lo cual es absolutamente correcto para su modelo; en el modelo neoclásico el capital crece con más rapidez que el trabajo, y uno ha de preguntarse si el tipo de beneficio no descenderá, pero en el modelo clásico la oferta ilimitada de mano de obra significa que la relación capital/mano de obra y, por tanto, el tipo de crecimiento del excedente, puede mantenerse constante para cualquier cantidad de capital (es decir, es posible una "dilatación" ilimitada). La única "china" en el engranaje es que puede existir una escasez de recursos de forma que aunque los capitalistas consigan cualquier volumen de mano de obra a un salario constante, tienen que pagar rentas siempre crecientes a los terratenientes. Esto fué lo que preocupó a Ricardo; fué importante para él distinguir la parte del excedente que va a los terratenientes de la parte que va a los capitalistas, puesto que él creía que el desarrollo económico inevitablemente aumenta la escasez relativa de la tierra. No estamos tan seguros como él lo estuvo. Ciertamente el desarrollo incrementa la renta de las fincas urbanas fantásticamente, pero su efecto sobre las rentas rurales depende del tipo de progreso técnico en la agricultura, que Malthus y Ricardo gravemente subestimaron. Si suponemos progreso técnico en la agricultura, ningún atesoramiento, y mano de obra ilimitada a un salario constante, el tipo de beneficio sobre el capital no puede descender. Por el contrario, debe aumentar puesto que todo el beneficio del progreso técnico en el sector capitalista se dirige a los capitalistas.

El interés de Marx en el excedente fué ético al mismo tiempo que científico. Lo consideró como un robo a los trabajadores. Sus seguidores están menos ciertos de esto. El excedente, después de

todo, se consume sólo en parte; la otra parte se utiliza para la formación del capital. En cuanto a la parte que es consumida, una porción de la misma no es más que un pago genuino por servicios prestados, servicios de dirección o empresariales, y también servicios de administradores públicos, si éstos son pagados con sueldos cuyo importe proviene de fondos recaudados en concepto de impuestos, o, si viven de sus rentas mientras ejecutan obligaciones públicas no remuneradas, como magistrados, gobernadores, etc. Incluso en la U. R. S. S. todos estos funcionarios son pagados con fondos que provienen del excedente, y muy bien pagados además. Puede alegarse que estos servicios son superpagados; la razón es que tenemos una imposición progresiva, y ello constituye también uno de los más dudosos argumentos en favor de la nacionalización (más dudoso porque los funcionarios de las corporaciones públicas tienen que ser pagados al tipo del mercado si la economía es sólo nacionalizada en parte). Pero no puede alegarse que toda esta parte del excedente (es decir, la parte consumida) moralmente pertenezca a los trabajadores en cualquier concepto. En cuanto a la parte que se utiliza para la formación de capital, la experiencia de la U. R. S. S. es que ésta aumenta y no disminuye. debido a la transformación de la propiedad del capital. La expropiación despoja a los capitalistas del control sobre esta parte del excedente y del derecho a consumirla en alguna fecha posterior, pero no hace absolutamente nada por transferir esta parte del excedente a los trabajadores. El enfoque emocional de Marx fué una reacción natural hacia los autores clásicos que algunas veces, en momentos descuidados, escribieron como si el excedente capitalista y su incremento fueran los únicos factores que afectarían a la renta nacional (cf. Ricardo, lo llamó "ingreso neto" de la producción). Todo esto, sin embargo, es circunstancial; porque nuestro interés presente no reside en las cuestiones éticas, sino en cómo actúa el modelo.

5. El problema central de la teoría del desarrollo económico es comprender el proceso mediante el cual una comunidad que previamente estaba ahorrando e invirtiendo un 4 o un 5 por 100 o menos de su renta nacional, se convierte en una economía en que el ahorro voluntario asciende a de un 12 a un 15 por 100 o más de la renta nacional. Y es el problema central porque el hecho

clave del desarrollo económico es la acumulación rápida del capital (incluyendo en el capital el conocimiento técnico y la cualificación de la población). No podemos explicar ninguna revolución industrial (como pretenden hacer los historiadores económicos) mientras no expliquemos por qué el ahorro aumenta en relación con la renta nacional.

Es posible que la explicación sea simplemente que tiene lugar algún cambio psicológico que hace que la gente sea más frugal. Esta, sin embargo, no es una explicación plausible. No nos interesa la población en general, sino sólo un 10 por 100, por ejemplo, de la misma que disfruta de ingresos más elevados, y que en los países con exceso de mano de obra recibe hasta un 40 por 100 de la renta nacional (cerca de un 30 por 100 en los países más adelantados). El 90 por 100 restante no puede ahorrar una fracción significativa de sus ingresos. El problema es: ¿por qué el 10 por 100 ahorra más? La razón puede ser porque deciden consumir menos, pero esta razón no se ajusta a los hechos. No existe ninguna prueba de un descenso en el consumo personal de dicho 10 por 100 en la época en que tienen lugar las revoluciones industriales. Es también posible que, aunque no ahorren más, el 10 por 100 gaste menos de su renta en bienes de consumo durables (mausoleos, casas de campo, templos) y más en capital productivo. Ciertamente, si se comparan distintas civilizaciones las diferencias desde el punto de vista de la disposición de la renta son importantes. Las civilizaciones en las que existe un rápido crecimiento del conocimiento técnico o una expansión de otras oportunidades ofrecen campos más rentables para la inversión que aquellas otras tecnológicamente estacionarias, y canalizan el capital hacia sectores productivos más bien que hacia la construcción de monumentos. Pero si se considera un país en el curso de los cien años durante los cuales se lleva a cabo una revolución en el tipo de formación de capital, no existe ningún cambio perceptible a este respecto. Ciertamente, a juzgar por las novelas, el mencionado 10 por 100 en Inglaterra no gastaba menos en bienes de consumo durables en 1800 que en 1700.

Seguramente la explicación más plausible es que la gente ahorra más porque tiene más para ahorrar. Esto no quiere decir que la renta nacional por habitante sea mayor, ya que no está claro que

la proporción de la renta nacional ahorrada aumente con la renta nacional por habitante—de cualquier modo la evidencia mostrada por el Reino Unido y por los Estados Unidos sugiere que esto no es así. La explicación es, mucho más probablemente, que el ahorro aumenta con relación a la renta nacional porque los ingresos de los ahorradores aumentan con relación a la renta nacional. La característica fundamental del desarrollo económico es que la distribución de la renta se altera en favor de la clase ahorradora.

Prácticamente todo el ahorro es realizado por la gente que recibe beneficios o rentas de la tierra. Los ahorros de los trabajadores son muy pequeños. La clase media ahorra algo, pero en casi todas las comunidades, el ahorro de la clase media que proviene de sus salarios tiene un efecto pequeño sobre la inversión productiva. La mayoría de sus miembros está enfrascada en la lucha perpetua por mantenerse al mismo nivel que el vecino; si se las arreglan para ahorrar lo suficiente para poder comprar la casa en que viven, ya hacen bastante. Pueden ahorrar para educar a sus niños, o para vivir en la vejez, pero este ahorro se encuentra virtualmente compensado con el ahorro que se utiliza para los mismos fines. El seguro es la forma favorita de ahorro de la clase media en las sociedades modernas; no obstante, en el Reino Unido, donde se encuentra extremadamente desarrollado, el incremento neto anual de los fondos de seguro de todas las clases, rica, media y pobre, es inferior a un 1,5 por 100 de la renta nacional. Es dudoso que las clases asalariadas de cualquier parte ahorren un 3 por 100 neto de la renta nacional (excepción posible: Japón). Si nos interesa el ahorro, debemos concentrarnos sobre los beneficios y las rentas de la tierra.

Para nuestro propósito no importa que los beneficios sean distribuidos o no; la principal fuente de ahorro la constituyen los beneficios, y si vemos que los ahorros aumentan en proporción con la renta nacional, podemos suponer que la razón se encuentra en que la participación de los beneficios en la renta nacional está aumentando. (Afinando más: para las comunidades con una fuerte presión fiscal deberíamos decir beneficios netos, es decir, una vez deducidos los impuestos sobre los mismos, sean impuestos sobre la renta personal o sobre corporaciones.) Nuestro problema entonces se plantea de la siguiente forma: ¿cuáles son las circuns-

tancias bajo las que la participación de los beneficios en la renta nacional aumenta?

El modelo clásico modificado que estamos utilizando aquí tiene la virtud de resolver el problema. Al principio, la renta nacional está constituida casi enteramente por la renta de subsistencia. Dejando a un lado el crecimiento de la población y suponiendo que la productividad marginal del trabajo es cero, esta renta de subsistencia permanece constante durante la expansión, puesto que, por definición, el trabajo puede dirigirse al sector capitalista en expansión sin reducir la producción de subsistencia. El proceso, por tanto, hace aumentar el excedente capitalista y la renta de los empresarios capitalistas, tomados en conjunto, en proporción con la renta nacional. No obstante, es posible imaginar condiciones en que el excedente no aumente en proporción con la renta nacional. Esto requiere que el empleo capitalista se expanda mucho más aprisa que el excedente, de forma que dentro del sector capitalista los márgenes brutos o el beneficio más la renta de la tierra disminuyan mucho con relación a los salarios. Sabemos que esto no sucede. Incluso si los márgenes brutos fueran constantes, los beneficios, en nuestro modelo, aumentarían con relación a la renta nacional. Pero los márgenes brutos no es probable sean constantes en nuestro modelo, que supone que prácticamente el beneficio total de la acumulación del capital y del progreso técnico entra en el excedente; debido a que los salarios reales son constantes, todo lo que los trabajadores consiguen de la expansión es que un número mayor de ellos pueda emplearse a un tipo de salario superior a los ingresos de subsistencia. El modelo indica, en efecto, que si se dispone de una oferta ilimitada de mano de obra a un salario real constante, y si cualquier porcentaje de los beneficios se reinvierte en capacidad productiva, los beneficios aumentarán continuamente con relación a la renta nacional y la formación de capital también aumentará con relación a la renta nacional.

El modelo cubre también el caso de una revolución técnica. Algunos historiadores han sugerido que el capital para la Revolución Industrial Británica, provino de los beneficios hechos posibles por la inundación de invenciones registradas todas al mismo tiempo. Esto es extremadamente difícil de encajar en el

modelo neoclásico, puesto que implica el supuesto de que estas invenciones aumentaron la productividad marginal del capital más que la productividad marginal del trabajo, proposición que es difícil establecer en cualquier economía en que la mano de obra sea escasa. (Si no hacemos este supuesto, otros ingresos aumentan tan aprisa como los beneficios, y la inversión no aumenta en relación con la renta nacional). Por otra parte, la idea encaja perfectamente en el modelo clásico modificado, puesto que, prácticamente en este modelo, el beneficio total de las invenciones entra en el excedente y viene a estar disponible para una acumulación de capital adicional.

Este modelo también nos ayuda a enfrentarnos con toda equidad con la naturaleza del problema económico de los países atrasados. Si preguntamos "por qué ahorran tan poco", la respuesta verdadera no es "por que ellos son pobres", como podríamos estar tentados a concluir de las pioneras y dignas de elogio correlaciones de Mr. Colin Clark. La respuesta verdadera sería "porque su sector capitalista es muy pequeño" (recordando que "capitalista" no significa aquí sólo el capitalista privado, sino que también incluimos al capitalista estatal). Si tuvieran un sector capitalista mayor, los beneficios constituirían una parte mayor de su renta nacional y el ahorro y la inversión serían también relativamente mayores. (El capitalista estatal puede acumular capital incluso más aprisa que el capitalista privado, puesto que puede utilizar para este fin no sólo los beneficios del sector capitalista, sino también lo que puede forzar o gravar del sector de subsistencia.)

Otro punto que debemos notar es que aunque el incremento del sector capitalista implica un incremento en la desigualdad de las rentas, entre los capitalistas y el resto de la comunidad, la mera desigualdad de la renta no es suficiente para asegurar un nivel elevado de ahorro. A este respecto, la desigualdad de la renta es *mayor* en los países subdesarrollados superpoblados que en las naciones industriales adelantadas, por la simple razón de que en los primeros las rentas agrícolas son elevadas. Los economistas británicos del siglo XVIII supusieron que la clase terrateniente es dada al consumo pródigo más bien que a la inversión productiva, y esto es ciertamente verdad de los terratenientes de los países subdesarrollados. De aquí que, dados dos países de rentas iguales,

siendo la distribución más desigual en uno que en otro, los ahorros pueden ser mayores donde la distribución es más igualitaria si los beneficios son relativamente más elevados que las rentas de la tierra. Es la desigualdad que acompaña a los beneficios lo que favorece la formación de capital y no la desigualdad que acompaña a las rentas de la tierra. Consiguientemente es muy difícil argüir que estos países no pueden ahorrar más, cuando aproximadamente el 40 por 100 de la renta nacional va al 10 por 100 de la población y una gran parte de los ingresos de renta es malgastada.

Junto a este mismo análisis se encuentra también el problema sociológico de la emergencia de una clase capitalista, es decir de un grupo de hombres que piensan en términos de inversión productiva del capital. Las clases dominantes de las economías atrasadas—terratinentes, comerciantes, prestamistas, sacerdotes, soldados, príncipes—no piensan normalmente en estos términos. La razón por la que en una sociedad crece una clase capitalista es un problema muy difícil, para el que probablemente no existe una respuesta general. La mayoría de los países parece que empiezan importando sus capitalistas del extranjero; y en la actualidad en muchos (por ejemplo, en Rusia, India) está creciendo una clase de capitalistas estatales que, por razones políticas de cualquier clase, están determinados a crear capital rápidamente por cuenta pública. En cuanto a los capitalistas privados nacionales, su emergencia está probablemente unida a la emergencia de nuevas oportunidades, especialmente alguna causa que amplíe el mercado, asociada a alguna nueva técnica que aumente mucho la productividad de la mano de obra si el trabajo y el capital se utilizan juntos. Una vez que ha surgido un sector capitalista es sólo cuestión de tiempo que llegue a tomar cuerpo y alcance dimensiones considerables. Si tiene lugar un progreso técnico muy pequeño, el excedente aumentará sólo lentamente. Pero si por cualquier razón las oportunidades para utilizar la productividad del capital aumentan rápidamente, el excedente aumentará también rápidamente y con él la clase capitalista.

6. En nuestro modelo, hasta ahora, el capital se crea sólo con fondos procedentes de los beneficios realizados. En el mundo real, sin embargo, los capitalistas también crean capital como resultado

de un incremento neto de la oferta monetaria—especialmente crédito bancario. Importa considerar este aspecto.

En el modelo neoclásico el capital solamente puede crearse retirando recursos que se utilizan para producir bienes de consumo. En nuestro modelo, sin embargo, existe mano de obra en exceso, y si (como suponemos) su productividad marginal es cero y si, también, puede crearse capital mediante mano de obra sin retirar tierra y capital escasos de otros usos, entonces el capital puede crearse sin reducir la producción de bienes de consumo. Este segundo requisito es importante, puesto que si necesitamos capital o tierra para producir capital, los resultados en nuestro modelo son los mismos que los resultados en el modelo neoclásico, a pesar de que exista mano de obra en exceso. Sin embargo, en la práctica el requisito se cumple con frecuencia. Los alimentos no pueden aumentar sin tierra, pero las carreteras, los viaductos, los canales de regadío y los edificios pueden crearse utilizando trabajo humano con apenas capital —por ejemplo, las Pirámides, o los maravillosos túneles ferroviarios construidos a mediados del siglo XIX casi con las manos solamente—. Incluso en los países industriales modernos la actividad de la construcción, que es idónea para utilizar mano de obra, constituye casi un 50 o un 60 por 100 de la inversión bruta fija, de forma que no es difícil pensar en mano de obra que cree capital utilizando sólo las herramientas más sencillas. Los economistas clásicos no estaban equivocados cuando creían que la falta de capital circulante era un obstáculo más serio para la expansión en su mundo que la falta de capital fijo. En el análisis que sigue en esta sección suponemos que el exceso de mano de obra no puede utilizarse para producir bienes de consumo sin utilizar más tierra o capital, pero puede utilizarse para conseguir bienes de capital sin utilizar factores escasos.

Si una comunidad tiene escasez de capital y tiene recursos ociosos que pueden prepararse para crear capital, parece muy deseable que debe hacerse esto último, incluso aunque ello implique crear dinero extraordinario para financiar el empleo también extraordinario. No existe ninguna pérdida de otra producción mientras el nuevo capital se está produciendo y cuando éste entre en funciones aumentará la producción y el empleo en la misma forma que lo haría el capital financiado no con la creación de cré-

dito, sino con beneficios. La diferencia entre el capital financiado con beneficios y el capital financiado con crédito no reside en sus efectos últimos sobre la producción, sino en los efectos inmediatos sobre los precios y sobre la distribución de la renta.

Antes de referirnos a los efectos sobre los precios, sin embargo, debemos detenernos un momento para observar qué le sucede a la producción de bienes de consumo en este modelo y en los otros mientras se está creando el capital financiado mediante crédito, pero antes de que empiece a utilizarse. En el modelo neoclásico un incremento de la formación de capital tiene que ser acompañado por un descenso correspondiente de la producción de bienes de consumo puesto que los recursos escasos solamente pueden realizar o lo uno o lo otro, pero no las dos cosas a la vez. En el modelo keynesiano un incremento en la formación de capital aumenta también la producción de bienes de consumo y si el multiplicador es mayor que 2 la producción de bienes de consumo aumenta incluso más que la formación de capital. En nuestro modelo la formación de capital aumenta, pero la producción de bienes de consumo no se ve afectada inmediatamente. Se trata de uno de esos casos cruciales en que es importante estar seguro de que se está utilizando el modelo verdadero y oportuno cuando es necesario aconsejar sobre materias de política económica.

En nuestro modelo, si el exceso de mano de obra se utilizó para la formación de capital y se paga con dinero nuevo, los precios aumentan porque la demanda monetaria aumenta mientras la producción de bienes de consumo permanece constante. Lo que sucede entonces es que el volumen fijo de bienes de consumo se redistribuye dirigiéndose hacia los trabajadores últimamente empleados procedentes del resto de la comunidad (aquí es donde la falta de capital circulante entra en escena). Este proceso no constituye "ahorro forzoso" en el sentido exacto del término. En el modelo neoclásico, la producción de bienes de consumo se reduce, forzando a ahorrar a la comunidad en su conjunto. En nuestro modelo, sin embargo, la producción de bienes de consumo no se reduce en ningún momento; existe una redistribución forzosa del consumo, pero no un ahorro forzoso. Y, por supuesto, tan pronto como los bienes de capital empiezan a rendir producción el consumo comienza a aumentar.

Este proceso inflacionario no se mantiene en el tiempo; finaliza cuando el ahorro voluntario se incrementa hasta un nivel en que se iguala al nuevo nivel más elevado de la inversión. Puesto que el ahorro es una función de los beneficios, esto significa que la inflación continúa hasta que los beneficios aumentan de tal forma en relación con la renta nacional que los capitalistas pueden ahora financiar su tipo más elevado de inversiones con sus propios beneficios sin recurrir a otro para la expansión monetaria. Esencialmente el equilibrio está asegurado mediante el aumento de la relación beneficios-renta nacional. Sin embargo, no es necesario que sean los beneficios el factor de equilibrio; podrían igualmente ser los ingresos del gobierno, si existiera una estructura tributaria tal que la relación ingresos del gobierno-renta nacional aumentara automáticamente cuando se incrementase la renta nacional. Esto es realmente lo que ha sucedido en la U. R. S. S. En los años cruciales, cuando la economía estaba siendo transformada desde un 5 por 100 a un (probablemente) 20 por 100 de ahorro neto, hubo una enorme inflación de precios (al parecer los precios aumentaron aproximadamente un 700 por 100 en una década), pero los beneficios inflacionarios fueron a parar principalmente al gobierno en forma de impuestos sobre los beneficios, y al final de la década comenzó a vislumbrarse un nuevo equilibrio.

No es siempre fácil, sin embargo, aumentar los beneficios con relación a la renta nacional simplemente abriendo el grifo monetario. El modelo más simple y más extremo de inflación sería suponer que cuando los capitalistas financian la formación de capital mediante la creación de crédito, todo el dinero revierte a ellos en la próxima etapa en forma de un incremento en sus beneficios. En dicho modelo, los beneficios, el ahorro voluntario y la formación de capital pueden aumentarse en muy poco tiempo hasta cualquier nivel deseado, teniendo lugar solamente un pequeño incremento de los precios. Algo parecido puede aplicarse a la U. R. S. S. En términos reales, sin embargo, esto implica que ha habido un descenso de la parte de la renta nacional que reciben otros grupos de población, lo cual implica un descenso de su consumo real, puesto que han debido liberarse bienes de consumo para los previamente parados que están ahora trabajando en la formación de

capital. Quizás los perjudicados sean los agricultores debido a que los precios de las manufacturas han aumentado relativamente más que los precios agrícolas. O quizás los que han visto empeorada su situación sean los trabajadores en el sector capitalista, porque los precios agrícolas y los precios de las manufacturas aumentan más aprisa que sus salarios. O el golpe puede caer sobre los trabajadores asalariados, pensionistas, terratenientes o acreedores. Ahora bien, en el mundo real ninguno de éstos aceptaría lo anterior con tranquilidad. En la U. R. S. S. la intención era formar capital a costa de los agricultores, pero ello condujo, al fin, a la violencia organizada en ambos lados. En nuestro modelo es difícil resolver la cuestión a expensas de los trabajadores, puesto que el salario en el sector capitalista debe establecerse a un cierto nivel mínimo sobre los ingresos de subsistencia si ha de disponerse de mano de obra. Generalmente, lo que ocurre cuando los precios aumentan es que deben hacerse nuevos contratos que tengan en cuenta dicho aumento del nivel de precios. Algunas clases sufren las consecuencias, pero sólo temporalmente.

Si continuáramos este razonamiento lógicamente, llegaríamos a la conclusión de que nunca puede alcanzarse el equilibrio, al menos en tanto en cuanto el sistema bancario desee satisfacer todas las demandas "legítimas" de dinero. Si ninguna de las otras clases puede ser exprimida, parece imposible que los beneficios aumenten con relación a la renta nacional pasado un cierto periodo de tiempo y, por tanto, parece también imposible lograr un nivel de equilibrio en el que el ahorro iguale al nuevo nivel de inversión. La inflación, una vez comenzada continúa. Esto, sin embargo, no es posible por otra razón, a saber, porque la renta nacional no es fija, sino creciente como resultado de la formación de capital. Por tanto, todo lo que se requiere es que la renta real de los capitalistas aumente más aprisa que la de las otras clases. Después del primero o segundo año, cuando comiencen a aparecer bienes de consumo adicionales no será necesario para nadie reducir su consumo. Cuando empiece de nuevo el proceso de contracción, la producción habrá comenzado también a aumentar y será, por tanto, posible lograr un "modus vivendi".

Podemos dar una descripción exacta de este equilibrio en nuestro modelo clásico modificado. En este modelo el ingreso real

medio de subsistencia es dado y, por tanto, también es dado el salario real en el sector capitalista. No es posible, mediante la inflación, o de cualquier otra forma, alcanzar un nuevo equilibrio en el que el excedente capitalista haya aumentado a costa de cualquiera de ellos. Si, por consiguiente, los capitalistas empiezan a financiar la formación de capital con fondos procedentes del crédito, hacen disminuir los ingresos reales de las otras clases sólo temporalmente, pero puesto que la producción aumenta continuamente, los beneficios aumentarán también continuamente. De aquí que la parte de la inversión que es financiada con crédito va disminuyendo hasta que se alcanza el equilibrio. Por ejemplo, supongamos que una inversión anual de £ 100 proporciona £ 20 de beneficio, de las cuales se ahorran £ 10 al año. Entonces, si los capitalistas invierten cada año £ 100 adicionales, las cuales son financiadas en el primer año con crédito, al undécimo año los beneficios serán de £ 200 más, el ahorro £ 100 más y no habrá presión posterior sobre los precios. El resultado será que, gracias a la creación de crédito habrá £ 1.000 más de capital productivo útil trabajando.

Tenemos así dos modelos simples que reflejan los casos extremos. En el primero, todo el crédito creado revierte a los capitalistas en forma de beneficios (o al capitalista Estado en forma de impuestos). El equilibrio se alcanza entonces fácilmente ganando los capitalistas a costa de los otros. En el otro modelo los capitalistas pueden sólo ganar temporalmente; alcanzar el equilibrio requiere entonces más tiempo, pero con el tiempo se logra. En el primer caso necesitamos sólo una expansión de la renta monetaria; pero en el segundo caso es la expansión de la renta real la que con el tiempo aporta a los capitalistas la proporción requerida de la renta nacional.

Debe tenerse también en cuenta en el análisis de los efectos de la creación de crédito sobre los precios, el hecho de que la formación de capital aumenta la producción real. Las inflaciones que más nos llaman la atención son aquellas que tienen lugar en tiempos de guerra, cuando los recursos se retiran de la producción de bienes de consumo. Si la oferta monetaria aumenta mientras la producción de bienes disminuye, los precios se verán afectados. Sin embargo, la inflación con el fin de llevar a cabo una

formación de capital es harina de otro costal. Porque causa un incremento en la producción de bienes de consumo y esto provoca una caída de los precios si la cantidad de dinero se mantiene constante.

Quizás puede ser conveniente exponer un caso sencillo. Supongamos que se invierten cada año £ 100 —en el primer ejemplo, mediante la creación de crédito— y que cada inversión proporciona £ 30 anuales en su segundo año y asimismo en los sucesivos. Supongamos que lograr este rendimiento no implica ningún coste; el precio £ 30 cargado por el producto es renta pura derivada de su escasez (la inversión en un proyecto de regadío es un ejemplo casi perfecto). Entonces, si utilizamos la fórmula keynesiana para una inflación de demanda, y suponemos un multiplicador de 2, la renta monetaria aumentará hasta un nivel de equilibrio de + £ 200 anuales. La producción, sin embargo, empezará a aumentar + £ 30 anuales desde el segundo año en adelante. En el octavo año, la producción habrá aumentado en + 210 £, mientras la renta monetaria habrá aumentado solamente algo menos de + £ 200. Después de eso, los precios estarán por debajo del nivel inicial y descenderán continuamente. La precisión expuesta en este análisis está, por supuesto, sujeta a todas las objeciones corrientes contra la aplicación del análisis del multiplicador a las condiciones inflacionarias, es decir, la inestabilidad de la propensión al consumo, el efecto de la inversión secundaria y los peligros de la inflación de costes. Pero aunque la precisión sea discutible, el resultado es, no obstante, real. La inflación con vistas a la formación de capital es autodestructiva. Los precios comienzan a aumentar, pero son antes o después alcanzados por el aumento de la producción y pueden, al fin del proceso, encontrarse más bajos de lo que estaban al principio.

Podemos ahora resumir esta sección. La formación de capital es financiada no sólo con los beneficios, sino también con fondos procedentes de una expansión del crédito. Esto favorece el crecimiento del capital y el crecimiento de la renta real. También se consigue alguna redistribución de la renta nacional, o temporal o permanente, de acuerdo con los supuestos que se establezcan —en el modelo que estamos utilizando la redistribución es sólo temporal. Asimismo impide que los precios descendan, como bajo

otras condiciones ocurriría (si el dinero fuera constante y la producción aumentara), y puede hacer que los precios aumenten si (como en nuestro modelo) la distribución de la renta no puede alterarse permanentemente mediante medidas monetarias, puesto que los precios continuarán aumentando hasta que la producción real haya aumentado lo suficiente para efectuar la redistribución requerida. Después de eso los precios descienden más, puesto que la inflación aumenta los precios mientras el capital se crea, pero el aumento de producto que tiene lugar después los hace descender de nuevo.

Queda un punto por aclarar. Hemos visto que si se utiliza dinero nuevo para financiar la formación de capital, el aumento de los precios desaparece con el tiempo, cuando el ahorro se equilibra con la inversión; y vuelven a su tendencia anterior, cuando la producción de bienes de consumo comienza a fluir. Sin embargo, puede requerirse mucho tiempo para alcanzar el nuevo equilibrio y si la corriente de nuevo dinero es importante, el aumento resultante de los precios puede inquietar los ánimos de la gente que no tiene miedo si los precios aumentan durante dos o tres años; pero si se trata de un plazo mayor quizás comience a perder confianza en el dinero, y quizás llegue a ser necesario recurrir a una detención drástica. Todo ello constituye la limitación práctica más importante a la financiación de la formación mediante dinero nuevo. Lo cual se debe a que las autoridades bancarias han tendido siempre a alternar periodos cortos de crédito fácil con periodos agudos de restricción. El crédito bancario adelanta tres pasos y retrocede uno en vez de adelantar continuamente. De esta forma podemos llegar hasta el umbral del ciclo económico. Si el capital fuera financiado exclusivamente con beneficios, y si no existiera atesoramiento, la formación de capital procedería regularmente. Es sobre todo la existencia de un sistema de crédito elástico lo que hace que el ciclo económico constituya una parte integral del mecanismo del desarrollo económico en una economía no planificada. No es necesario, sin embargo, para nosotros entrar en el análisis del ciclo, puesto que, a este respecto, el modelo que estamos utilizando no proporciona resultados diferentes de los conseguidos con cualquier otro.

7. Hemos hablado muy poco hasta ahora de las actividades del

gobierno, puesto que nuestro modelo básico tiene en cuenta sólo a los capitalistas; sus empleados y los productores de subsistencia. Sin embargo, los gobiernos influyen sobre el proceso de acumulación de capital de muchas maneras; entre ellas, y no la menos importante, podemos señalar las inflaciones que provocan. Muchos gobiernos de los países atrasados corrientemente están ansiosos de utilizar la mano de obra excedente en la formación de capital y dado que existe una gran labor que puede realizarse con mano de obra y poco equipo capital (carreteras, regadíos, presas, escuelas, etc.) es conveniente hablar algo sobre este particular. Analizaremos, por tanto, en esta sección los efectos de la formación de capital financiada mediante la inflación del gobierno, y de este modo también tendremos oportunidad de recapitular el análisis de la sección anterior.

Los efectos, como se recordará, se encuentran entre dos extremos. En uno, todo el dinero gastado por el gobierno revierte en forma de impuestos, lo cual se acepta por todas las clases. En este caso, los precios aumentan muy poco. En el otro, todas las clases se niegan a aceptar una redistribución entre ellas y el gobierno. En este caso, los precios tienden a aumentar continuamente, excepto cuando el aumento de producción (como consecuencia del capital formado) alcance antes o después a los precios y los haga descender de nuevo. El aumento de producción incrementará también la participación "normal" del gobierno en la renta nacional y toda la presión monetaria cesará cuando dicha participación "normal" haya aumentado hasta el nivel de la nueva participación que se estaba tratando de conseguir.

Los efectos anteriores nos plantean las siguientes cuestiones: 1) ¿Qué parte de la renta marginal revierte automáticamente al gobierno? 2) ¿Qué efecto ejerce la inflación sobre las diferentes clases?, y 3) ¿Qué efecto ejerce la formación de capital del gobierno sobre la producción?

(Debe recordarse otro punto. Hasta ahora, en todo el análisis hemos supuesto una economía cerrada. En una economía abierta la inflación destruye la balanza de pagos. Debemos, por tanto, suponer que el gobierno tiene un control estricto sobre las transacciones extranjeras. Este supuesto es válido para algunas eco-

nomías atrasadas; otras probarían un plato muy amargo si se arrojaran a la financiación inflacionaria).

No es posible que todo el dinero gastado por el gobierno revierta a él en la primera etapa, puesto que ello implicaría que el gobierno se apropia del 100 por 100 de la renta marginal. Si el gobierno toma una parte cualquiera de la renta marginal, le revertirá un porcentaje de dinero; pero incluso el multiplicador keynesiano no hará revertir todo, a no ser que la tributación sea la única filtración (es decir, no exista ahorro). Cuanto mayor sea la participación del Gobierno en las rentas marginales, le revertirá una mayor parte con mayor rapidez y menores serán los efectos sobre los precios.

Desde la segunda guerra mundial, una serie de Gobiernos de los modernos estados industriales parece están absorbiendo alrededor de un 40 a un 50 por 100 de las rentas marginales en forma de imposición, y ésta es una de las principales razones por la que sus niveles de precios no han aumentado más, a pesar de la fuerte presión sobre los recursos destinados a la formación de capital, defensa, etc. En los países atrasados, sin embargo, los Gobiernos absorben sólo una parte muy pequeña de las rentas marginales. Los Gobiernos mejor situados desde este punto de vista son aquellos establecidos en países en que la producción se concentra en pocas factorías, pero grandes (minas, plantaciones), y, por tanto, de fácil tributación, o donde el comercio exterior constituye una parte importante de la renta nacional y pueden establecerse también con facilidad impuestos sobre las importaciones y exportaciones. La India se encuentra en una de las peores situaciones, con una gran parte de su producción realizada por productores de subsistencia y unidades de pequeñas dimensiones, difíciles de controlar y con un comercio exterior que constituye menos de un diez por ciento de la renta nacional. En muchos casos, la imposición marginal es menor que la imposición media, porque cuando las rentas monetarias aumentan, el Gobierno continúa cargando los mismos precios por los viajes de ferrocarril o por los servicios de correos, y duda en aumentar los impuestos sobre los agricultores, todo lo cual hace que las rentas monetarias aumenten más aprisa que los ingresos del Gobierno. Ningún Gobierno debería considerar la financiación del déficit sin asegurarse de que una

gran parte de los incrementos en la renta monetaria le revertirán automáticamente. Por el contrario, la U. R. S., con su muy elevado tipo de imposición sobre los beneficios, absorbe automáticamente los fondos excedentes inyectados en el sistema antes que puedan generar mucha inflación de demanda a través del proceso multiplicador.

La cuestión siguiente trata del efecto de la inflación sobre la distribución de la renta. El exceso de dinero aumenta los precios, algunos más que otros. El Gobierno intentará probablemente impedir que aumenten los precios, pero lo logrará en algunos casos mejor que en otros. Es fácil establecer el control de precios a empresas de dimensiones grandes, pero es muy difícil impedir que los agricultores aumenten los precios de los productos agrícolas o que los pequeños comerciantes realicen grandes márgenes. Desde el punto de vista de la formación del capital, lo mejor que puede suceder es que el exceso de dinero se sitúe en los bolsillos de gente que lo reinvierta productivamente. Los comerciantes lo utilizarán probablemente para la especulación sobre aquellos bienes que son escasos. Las clases medias adquirirán principalmente grandes automóviles americanos o harán turismo por Europa, consiguiendo divisas en el mercado negro. Los agricultores podrán utilizarlo para mejorar sus fincas, pero probablemente la mayoría lo utilizará sólo para pagar deudas o para comprar más tierras. Existe realmente sólo una clase que es casi seguro reinvertirá su beneficio productivamente: la clase de los industriales. Los efectos de una inflación sobre la formación secundaria de capital, por tanto, dependen, en primer lugar, de si el beneficio se dirige principalmente a dicha clase. En los países que tienen sólo una pequeña clase industrial, la inflación conduce principalmente a la especulación en bienes y en tierra y al atesoramiento de divisas extranjeras. Pero en cualquier país que tenga una clase industrial importante, con la pasión que esta clase tiene por la construcción de mayores y mejores factorías, incluso las inflaciones más espantosas (por ejemplo, la registrada en Alemania en 1919) dejan detrás de sí un incremento apreciable en la formación de capital. ¿Nos hemos encontrado aquí con algún profundo instinto psicológico que conduce a los industriales a utilizar su riqueza con más genio creador que los otros? Probablemente no. Es que su misión es lograr apasionada-

mente resultados en la formación de capital. El campesino quiere tener más tierra, no más capital en su tierra—a no ser que sea un agricultor capitalista moderno—y así busca simplemente, también de forma apasionada, cambios en el precio y en la distribución de la tierra. El comerciante quiere tener un margen más amplio o una rotación más rápida, lo cual no incrementa el capital fijo. El banquero quiere más depósitos. Solamente la pasión del industrial conduce a una utilización de los beneficios para crear un imperio más grande de ladrillos y acero. Resulta de ello que es en las comunidades industriales donde las inflaciones son más provechosas desde el punto de vista de la formación de capital: mientras que, en los países en que la clase industrial es muy pequeña, no pueden exhibirse resultados útiles cuando termina la inflación, excepto la inversión original que la comenzó. Debemos también observar que a muchos Gobiernos no les gusta que la inflación haga posible a los industriales el ingresar beneficios extraordinarios con los que creen capital fijo, puesto que esto conduce a un incremento de las fortunas privadas. Hacen, por tanto, todo lo que pueden por impedir que la inflación incremente los beneficios de los industriales. Más concretamente, controlan los precios industriales, que son también desde el punto de vista administrativo los precios de más fácil control. Puesto que es la clase industrial aquella que ahorra más, el resultado es exacerbar la inflación. Sería mucho más sano desarrollar políticas que hicieran aumentar los beneficios de los industriales con más rapidez que los otros ingresos, y después imponer tributos sobre estos beneficios bien inmediatamente o bien a la muerte.

La inflación continúa generándose en tanto en cuanto la comunidad no desee retener una suma igual al mayor gasto de la inversión. No es, por tanto, suficiente, que el ahorro se incremente en esa medida, porque si este ahorro se utiliza para una inversión adicional, el desfase inicial continúa existiendo. Dicho desfase se cubre sólo en el caso de que el ahorro se atesore o se emplee en la compra de bonos del Gobierno de forma que éste pueda financiar sus inversiones mediante préstamos, en vez de crear nuevo dinero. De aquí que, en la práctica, si el Gobierno desea termine la inflación sin reducir su inversión, debe encontrar medios de aportar a sus cajas una cantidad igual en forma de im-

puestos o préstamos como la que está gastando. Si no lo logra, la inflación continuará; es entonces mejor que continúe, debido a que los capitalistas empleen sus beneficios en una formación de capital adicional que, debido a que las otras clases disipen una producción limitada de bienes de consumo; pero si se desca termine la inflación lo antes posible, todas las clases deben ser estimuladas a invertir en bonos del Gobierno más bien que a gastar en otros conceptos.

Finalmente llegamos a la relación entre el capital y el producto. Si la intención es financiar la formación de capital mediante la creación de crédito, los mejores objetivos para una política de esta clase son aquellos que han de proporcionar una gran renta rápidamente. Financiar la construcción de escuelas mediante la creación de crédito implica perturbaciones. Por otra parte, existe una porción de programas agrícolas (abastecimiento de agua, fertilizantes, selección de semillas, extensión) de los que pueden esperarse rápidos y apreciables resultados con un gasto modesto. Si existen recursos ociosos para la formación de capital es una tontería no utilizarlos, debido simplemente a las dificultades técnicas o políticas que puede implicar un aumento de los impuestos. Pero sería igualmente una tontería utilizarlos en programas que requieren un largo período de tiempo para proporcionar un pequeño resultado, cuando existen otros que podrían reportar un resultado con mayor rapidez.

Podemos resumir todo lo anterior. Si la mano de obra es abundante y los recursos físicos escasos, el efecto primario sobre el producto es exactamente el mismo en el caso de que el Gobierno cree capital mediante impuestos o que lo cree mediante crédito: la producción de bienes de consumo no cambia, sino que se redistribuye. De aquí que la creación de crédito debe ser considerada primariamente como una alternativa de la imposición, que compensa las perturbaciones que implica solamente si el aumento de los impuestos supone aún más perturbación. La creación de crédito tiene, sin embargo, un efecto adicional sobre la imposición consistente en que si también redistribuye la renta hacia la clase industrial (si existe clase industrial) acelera la formación de capital utilizando fondos procedentes de los beneficios. Si es imposible aumentar la imposición y la alternativa se plantea entre crear capital mediante crédito o no crearlo, la elección entonces es entre precios estables

o producción creciente. No existe una fórmula simple para efectuar esta elección. En algunas comunidades, cualquier aumento de la inflación arruinará su frágil equilibrio social o político; en otras, este equilibrio será destruido si no se consigue un fuerte incremento de la producción en el próximo futuro; y en otras, en fin, el equilibrio se alterará por entrambos motivos.

8. Es oportuno resumir nuestro análisis. Hemos visto que si se dispone de mano de obra en forma ilimitada, a un salario real constante, el excedente capitalista aumentará continuamente y la inversión anual constituirá una proporción creciente de la renta nacional. Evidentemente este proceso no puede continuar siempre.

Se detendrá cuando la acumulación de capital se iguale con la población de forma que no exista ya mano de obra excedente. Pero puede detenerse antes. Puede detenerse por una serie de razones que están fuera de nuestro sistema de análisis y que abarcan desde el terremoto o la plaga bubónica hasta la revolución social. Pero puede también detenerse por la razón económica de que, aunque exista mano de obra en exceso, los salarios reales aumenten, no obstante, en tal medida que hagan reducirse los beneficios de los capitalistas hasta un nivel en el cual dichos beneficios son todos consumidos y no existe inversión neta alguna.

Lo anterior puede tener lugar por una de las cuatro razones siguientes. Primera, si la acumulación de capital se desarrolla más aprisa que el crecimiento de la población y se reduce, por tanto, absolutamente el número de gente en el sector de subsistencia, el producto por hombre en ese sector aumentará automáticamente, no porque la producción varíe, sino porque existen pocas bocas para participar en el producto. Después de un cierto período de tiempo la variación se hará realmente perceptible y el salario capitalista comenzará a ser forzado en dirección ascendente. Segunda, el aumento en la magnitud del sector capitalista con relación al sector de subsistencia puede alterar las relaciones reales de intercambio en contra del sector capitalista (si están produciendo diferentes cosas) y forzar de esta forma a los capitalistas a pagar a los trabajadores un porcentaje más elevado de su producto con el fin de mantener su renta real constante. Tercera, el sector de subsistencia puede también llegar a ser más productivo desde el punto de vista técnico. Por ejemplo, puede empezar a imitar las técnicas del sector capita-

lista; los campesinos pueden conseguir algunas de las nuevas semillas o informarse de nuevos fertilizantes o rotaciones. Pueden también beneficiarse directamente de algunas de las inversiones capitalistas, por ejemplo, en proyectos de regadío, en servicios de transportes o en electricidad. Cualquier concepto que aumente la productividad (media por personal) del sector de subsistencia aumentará los salarios reales en el sector capitalista y reducirá, por tanto, el excedente capitalista y el tipo de acumulación de capital, a no ser que, al mismo tiempo, varíen más que proporcionalmente las relaciones reales de intercambio en contra del sector de subsistencia. Alternativamente, incluso si la productividad del sector capitalista no se altera, los trabajadores de este sector pueden imitar la forma de vida capitalista y así necesitar más para seguir viviendo. El nivel de subsistencia es sólo una idea convencional y las convenciones cambian. El efecto de lo anterior sería ampliar el desfase entre los ingresos en el sector de subsistencia y los salarios en el sector capitalista. Esto es difícil que tenga lugar si la mano de obra es abundante, pero puede lograrse mediante una combinación de la presión de los sindicatos y de la conciencia capitalista. Si se logra, se reducirá el excedente capitalista y también el tipo de acumulación de capital.

La más interesante de todas estas posibilidades es aquella consistente en que las relaciones reales de intercambio varíen en contra del sector capitalista. Esto supone que los sectores capitalista y de subsistencia están produciendo diferentes cosas. En la práctica se trata del problema sobre la relación entre la industria y la agricultura. Si los capitalistas están invirtiendo en la agricultura de plantación al mismo tiempo que en la industria, podemos considerar al sector capitalista como autosuficiente. Su expansión no genera entonces ninguna demanda de cualquier producto procedente del sector de subsistencia, y no se dan, por tanto, las relaciones reales de intercambio que pueden alterar el cuadro que hemos trazado. Para poder incluir a las relaciones reales de intercambio, el supuesto más simple consiste en que el sector de subsistencia compuesto por campesinos produce alimentos, mientras que el sector capitalista produce cualquier otra cosa.

Si el sector capitalista no produce alimentos, su expansión aumenta la demanda de alimentos, aumenta el precio de los mismos

en relación con los productos capitalistas y reduce de esta forma los beneficios. Se trata de uno de los sentidos en el que la industrialización depende de la mejora agrícola; no es rentable producir un volumen creciente de manufacturas a no ser que la producción agrícola aumente simultáneamente. Esta es también la razón por la que las revoluciones industriales y agrícolas van siempre juntas y por la que las economías en las que la agricultura es estacionaria no muestran desarrollo industrial. De aquí que, si establecemos que el sector capitalista no produce alimentos, debemos suponer que el sector de subsistencia está aumentando su producción, o concluir que la expansión del sector capitalista tendrá un fin debido a la absorción de los beneficios causada por relaciones reales de intercambio adversas. (El problema de Ricardo de aumentar las rentas de la tierra es primo hermano de esta conclusión; él se preocupaba de cómo las rentas aumentaban *dentro* del sector capitalista, mientras nosotros tratamos las rentas *fuera* del sector.)

Por otra parte, si suponemos que el sector de subsistencia está produciendo más alimentos mientras que esquivamos el Herodes de las relaciones reales adversas de intercambio, podemos ser alcanzados por el Pilatos del aumento de los salarios reales, debido a que el sector de subsistencia es más productivo. Esquivamos a Herodes y a Pilatos si el aumento de la productividad en el sector de subsistencia está más que compensado por la mejora de las relaciones reales de intercambio. Sin embargo, si el sector de subsistencia está produciendo alimentos, siendo su elasticidad de la demanda menor que la unidad, los incrementos en la productividad serán más que compensados por las reducciones del precio. El aumento de la productividad del sector de subsistencia perjudica al sector capitalista si no existe comercio entre ambos, o si la demanda del sector capitalista para el producto del sector de subsistencia es elástica. Bajo los supuestos que hemos establecido, un aumento en la productividad de los productos alimenticios beneficia al sector capitalista. No obstante, cuando consideramos un aumento de la demanda, no es probable que el precio de los productos alimenticios descienda tan aprisa como aumenta la productividad, y esto forzaría a los capitalistas a pagar como salarios una parte mayor de su producto.

Si no existen esperanzas de que los precios desciendan tan aprisa

como aumenta la productividad (porque la demanda aumenta), la mejor actitud por parte de los capitalistas será impedir que el agricultor consiga toda su producción extraordinaria. En el Japón ésto se logró elevando las rentas impuestas a los campesinos y haciéndoles tributar más fuertemente, de forma que una gran parte del rápido incremento de la productividad que tuvo lugar (entre 1880 y 1910 se duplicó) se absorbió a los campesinos y se asignó para la formación de capital; al mismo tiempo, la existencia de un nivel bajo en el ingreso de los campesinos hace que los salarios sean también bajos, en provecho de los beneficios del sector capitalista. Muy similar es el caso de la U. R. S. S., donde los ingresos *per capita* de los campesinos se mantuvieron bajos, a pesar de la mecanización del campo y de la emigración considerable de la mano de obra a las ciudades; se logró lo anterior aumentando los precios de las manufacturas en relación con los productos agrícolas y exigiendo también fuertes tributos sobre las granjas colectivas.

Si tenemos en cuenta todo lo expuesto, podemos afirmar que es cierto que la agricultura financia la industrialización. Si el sector capitalista es autosuficiente, su expansión no depende de ninguna forma de los campesinos. El excedente se logra totalmente "a costa" de los trabajadores del sector capitalista. Pero si el sector capitalista depende de los campesinos, desde el punto de vista de los productos alimenticios, es esencial conseguir que estos produzcan más; por otra parte, si al mismo tiempo se les puede impedir disponer del fruto total de su producción extraordinaria, los salarios pueden reducirse en relación con el excedente capitalista. Por el contrario, un Estado gobernado por los campesinos puede ser feliz y próspero pero no es probable muestre una rápida acumulación de capital (por ejemplo, diferirán China y la U. R. S. S. a este respecto?).

Concluimos, por tanto, que la expansión del sector capitalista puede ser detenida bien porque aumente el precio de los bienes de subsistencia, bien porque el precio no descienda tan aprisa como esté aumentando la productividad *per capita* de subsistencia, bien porque los trabajadores capitalistas aumenten el nivel de lo que necesitan para su subsistencia. Cualquiera de estas razones puede hacer aumentar los salarios en relación con el excedente. Si ninguno de estos procesos es suficiente para detener la acumulación de capital, el sector capitalista continuará expansionándose hasta que no que-

de ningún exceso de mano de obra. Esto puede ocurrir incluso si la población está aumentando. Por ejemplo, si se considera necesario invertir un 3 por 100 de la renta anual para emplear un 1 por 100 más de población, una inversión neta anual de un 12 por 100 puede absorber un 4 por 100 del incremento de la población. Pero la población de la Europa Occidental en algunas épocas interesantes sólo aumentó un 1 por 100 aproximadamente cada año (que es también el tipo actual de crecimiento en la India) e incluso son bastante raros en la actualidad tipos de crecimiento que sobrepasen un 2,5 por 100 anual. No podemos decir que el capital se incremente siempre más aprisa que el trabajo (evidentemente no ha sido éste el caso de Asia) pero podemos afirmar que si las condiciones son favorables para que el excedente capitalista aumente más aprisa que la población, ha de llegar un día en que la acumulación de capital se encuentre en equilibrio con la oferta de mano de obra. Ricardo y Malthus no tuvieron en cuenta lo anterior en sus modelos, porque sobreestimaron el tipo de crecimiento de la población. Marx no lo tuvo en cuenta tampoco, porque estaba convencido de que la acumulación de capital aumenta el paro en vez de reducirle (es autor de un curioso modelo en el que el efecto a corto plazo de la acumulación es reducir el paro, aumentar los salarios y provocar de esta forma una crisis, mientras que el efecto a largo plazo es aumentar el ejército en reserva de parados). De los economistas clásicos, solamente Adam Smith vió claramente que la acumulación de capital crearía con el tiempo una escasez de mano de obra y elevaría los salarios sobre el nivel de subsistencia.

Cuando desaparece el excedente de mano de obra nuestro modelo de economía cerrada ya no se mantiene. Los salarios no se encuentran ya tan atados a un nivel de subsistencia. Adam Smith creía que éstos dependerían entonces del grado de monopolio (doctrina que fué de nuevo presentada en 1930 como una de las novedades del análisis económico moderno). Los neoclásicos inventaron la doctrina de la productividad marginal. Sin embargo, el problema no está resuelto a satisfacción de todo el mundo, excepto en los modelos estáticos que no tienen en cuenta la acumulación de capital y el progreso técnico. No obstante, se trata de una cuestión fuera del alcance de este ensayo y no seguiremos con ella.

Nuestra tarea, empero, no ha terminado. En el mundo clásico

todos los países tienen exceso de mano de obra. En el mundo neoclásico, en cambio, la mano de obra es escasa en todos los países. Sin embargo, en el mundo real, algunos países que registran escasez de mano de obra se encuentran rodeados de otros que la tienen en abundancia. En vez de concentrarnos en un país y examinar la expansión de su sector capitalista, debemos estudiar ahora este país como una parte del sector capitalista en expansión de la economía mundial como un total, y estudiar en qué forma son afectados la distribución de la renta dentro de dicho país y su tipo de acumulación de capital por el hecho de que exista mano de obra abundante disponible en cualquier otra parte a un tipo de salario de subsistencia.

II. ECONOMIA ABIERTA

9. Cuando la acumulación de capital se equilibra con la oferta de mano de obra, los salarios comienzan a aumentar sobre el nivel de subsistencia y el excedente capitalista se ve afectado desfavorablemente. Sin embargo, si existe todavía exceso de mano de obra en otros países, los capitalistas pueden evitar lo anterior actuando sobre las dos siguientes posibilidades: estimulando la inmigración o exportando su capital a países en que existe aún mano de obra abundante a un nivel de subsistencia. Importa examinar cada una de ellas.

10. Aclaremos, en primer lugar, los efectos de la inmigración de trabajadores cualificados, puesto que nuestro interés principal reside en una inmigración abundante de trabajadores no cualificados liberados por los sectores de subsistencia de otros países. Es teóricamente posible que la inmigración de trabajadores cualificados pueda reducir la demanda de servicios de trabajadores no cualificados nativos, pero es lo menos probable. Lo más probable es que dicha inmigración haga posibles nuevas inversiones e industrias que no existían anteriormente, con lo que aumentará la demanda de todas las clases de mano de obra, con relación a su oferta.

Debemos también descartar las inmigraciones relativamente pequeñas. Si 100.000 portorriqueños emigran a los Estados Unidos,

todos los años, el efecto sobre los salarios en Norteamérica es inapreciable. Los salarios en Estados Unidos no disminuyen al nivel de los de Puerto Rico; son estos últimos los que se ven empujados hacia arriba hasta el nivel de Estados Unidos.

La inmigración en masa es una cuestión bastante diferente. Si hubiera inmigración libre de la India y de China en los Estados Unidos, el nivel de salarios de este último país sería ciertamente empujado hacia los más bajos niveles de la India y de China. Efectivamente, en un modelo competitivo el salario de los Estados Unidos podría exceder al salario asiático solamente en una cantidad que cubriera los costes de emigración más el "pico" al cual ya nos hemos referido. El resultado es el mismo, tanto si se suponen para la mano de obra rendimientos crecientes, como si éstos son decrecientes. Los salarios son constantes al nivel de subsistencia. Todo el beneficio de los rendimientos crecientes va a parar al excedente capitalista.

Esta es una de las razones por la que, en todos los países donde el nivel de salarios es relativamente elevado, los sindicatos son severamente hostiles a la inmigración, excepto cuando se trata de población de categorías especiales, y adoptan medidas para restringirla. El resultado es que los salarios reales son más elevados de lo que de otra forma serían, mientras los beneficios, los recursos de capital, y la producción total son menores de lo que de otra forma también serían.

11. La exportación de capital constituye, por tanto, un procedimiento mucho más fácil para los capitalistas, ya que los sindicatos, si bien tienden a restringir la inmigración, les interesa mucho menos controlar la exportación de capital.

El efecto de la exportación de capital es reducir la creación de capital fijo en el país, y, por tanto, reducir la demanda de mano de obra. Esta, no obstante, será requerida para crear capital (por ejemplo, fabricar maquinaria para exportar), pero no se demandará ya para trabajar con el capital como se haría si éste se invirtiera en el país.

Lo anterior, sin embargo, es sólo un aspecto de la cuestión porque el capital puede utilizarse en países extranjeros en formas que aumenten el nivel de vida del país exportador del mismo (y compensar así totalmente el primer efecto) o en formas que lo

disminuyan (agravando así el primer efecto). El resultado depende del tipo de competencia que exista entre los países exportadores o importadores de capital.

12. Supongamos, primeramente, que no existe competencia, ni incluso intercambio. Ambos países son autosuficientes. Los salarios, sin embargo, aumentan en el país A, mientras la mano de obra es abundante en el país B. Los capitalistas de A, por tanto, invierten su capital en B. Los rendimientos del intercambio muestran, primero, el exceso de la exportación de A, que representa la transferencia de capital y después el exceso de importación que representa el rendimiento para el país en forma de dividendos. No existe efecto alguno sobre los trabajadores en A, excepto que sus salarios cesan de aumentar como lo harían si se invirtiera capital en el país en vez de en el extranjero. Si los recursos de A y de B son exactamente los mismos, los salarios no podrán aumentar en A hasta tanto que la acumulación de capital en B haya hecho desaparecer el exceso de mano de obra de B.

En el mundo real los recursos de los dos países no son exactamente iguales y no puede presuponerse que será más rentable invertir en B, si los beneficios están disminuyendo en A (lo cual tampoco puede darse por supuesto). La rentabilidad de la inversión en un país depende de sus recursos naturales, de su material humano, y del volumen de capital ya invertido en el mismo.

Las inversiones más productivas son aquellas que se efectúan para poner en explotación ricos y fácilmente asequibles recursos naturales, tales como terrenos fértiles, minerales, carbón o petróleo. Esta es la principal razón por la que la mayor parte del capital exportado en los últimos cien años se dirigió a las Américas y a Australasia, más bien que a la India o a China, donde los recursos conocidos se estaban ya utilizando. En las partes muy desarrolladas del mundo (desde el punto de vista de los recursos) la principal oportunidad para la inversión productiva radica en mejorar las técnicas; estos países están muy desarrollados (incluso superdesarrollados) desde el punto de vista de los recursos, pero subdesarrollados desde el punto de vista de la técnica. Es rentable emplear capital para introducir nuevas técnicas, pero no lo es tanto como utilizar capital para hacer disponibles nuevas técnicas y nuevos recursos. Esto también explica por qué el Reino Uni-

do devino rápidamente un país exportador de capital (los límites de sus recursos naturales se alcanzaron pronto) mientras los Estados Unidos alcanzaron muy tarde esta etapa, dado que sus recursos naturales eran tan enormes que la inversión de capital dentro del país es todavía muy rentable incluso aunque los salarios sean muy elevados.

La productividad depende también del material humano. Incluso aunque la composición genética de los pueblos pueda ser en gran parte la misma en lo que respecta a su productividad potencial, su herencia cultural es muy diferente. Diferencias en la literatura, formas de gobierno, actitud hacia el trabajo y relaciones sociales, generalmente pueden dar lugar a una gran diferencia en la productividad. Los capitalistas, naturalmente, encuentran más rentable y seguro invertir en países en que la atmósfera sea capitalista que hacerlo en culturas muy diferentes.

Pero esto no es todo. Porque la productividad de la inversión en B depende no sólo de los recursos naturales e instituciones humanas de B, sino también de la eficiencia de todas las otras industrias, cuyos servicios requieren utilizar las nuevas inversiones, lo cual depende, en parte, del grado de capitalización en que se encuentren estas otras industrias. La productividad de una inversión depende de que se hayan efectuado antes otras inversiones. De aquí que puede ser más rentable invertir capital en países que tengan ya cierto grado de capitalización que invertir en un país nuevo. Sin embargo si siempre fuera así no se exportaría ningún capital y la distancia entre los salarios en los países con y sin exceso de mano de obra no disminuiría, sino que se ampliaría. En la práctica, la exportación de capital es pequeña y la distancia, por tanto, se amplía y no podemos excluir la posibilidad de que exista una tendencia natural a que el capital se dirija hacia los países capitalizados y huya de los no capitalizados.

Si pudiéramos suponer que existe una tendencia natural a que el tipo de beneficio disminuya en una economía cerrada, podríamos decir que por muy bajo que dicho tipo pudiera ser en otros países, debe disminuir en último término en dicha economía cerrada hasta el nivel de cualquier otro lugar, después de lo cual debe comenzar la exportación de capital. Prácticamente todos los economistas más conocidos de todas las escuelas en todas las épo-

cas han afirmado que existe dicha tendencia, si bien sus razones varían enormemente. La excepción más notable es Marshall que dió la respuesta acertada: el incremento de capital *per capita* tiende a hacer disminuir su rendimiento mientras el aumento de conocimiento técnico tiende a aumentarlo. Así, decía Marshall, el rendimiento descendió desde un 10 por 100 en la Edad Media hasta un 3 por 100 a mediados del siglo XVIII—un largo período de lento progreso técnico—después del cual la disminución fué frenada por la gran proliferación de oportunidades para utilizar capital. Siendo esto así, la tendencia natural a disminuir del rendimiento del capital no es más que un mito popular. El rendimiento puede disminuir o no; no podemos predecirlo.

Podemos, sin embargo, obtener una respuesta si nos trasladamos del tipo de beneficio sobre el capital en general al tipo sobre sectores particulares de inversión. En cualquier sector concreto las posibilidades de una expansión adicional son pronto agotadas o, en cualquier forma, grandemente reducidas. Todas las industrias se desarrollan según un modelo logístico, creciendo lentamente al principio, rápidamente después y de nuevo lentamente al final. De aquí que los inversores en cualquier sector particular, llegan antes o después a un punto en que no existe mucho más horizonte para la inversión en ese sector dentro del país. Se abre ante ellos la posibilidad de colocar sus beneficios acumulados en industrias completamente diferentes. Pero existe también la tentación a fijarse en campos donde ellos poseen conocimientos especializados y utilizar sus beneficios para dirigir la industria en nuevos países.

Lo que da lugar a la exportación de capital no es necesariamente una disminución de los beneficios nacionales o un aumento de los salarios en el país, sino simplemente el hecho de que en países extranjeros que poseen recursos diferentes no utilizados—en igual medida—existen algunas oportunidades provechosas para invertir. Esto no depende de que la acumulación de capital se haya equilibrado con el exceso de mano de obra en el país; porque incluso existiendo en dicho país exceso de mano de obra disponible a los salarios de subsistencia, las oportunidades de inversión en el extranjero pueden ser más rentables. Muchos capitalistas residentes en países con exceso de mano de obra invierten su capital en Inglaterra o en los Estados Unidos.

Debemos, por tanto, cuidarnos de decir que un país comenzará a exportar capital tan pronto como la acumulación de capital dentro de sus fronteras se equilibre con la oferta de mano de obra. Es decir, los países exportan capital, y podemos afirmar que si en ellos la mano de obra es escasa, el efecto será reducir su demanda dentro de los mismos, e impedir así que los salarios aumenten tanto como de otra forma lo harían.

13. Supongamos ahora que los dos países no compiten, sino que mantienen un intercambio mutuo. Existen dos variantes de esta posibilidad. Una, aquella en que los dos países producen solamente un bien, pero un bien que es diferente en cada uno de ellos. En este caso los niveles de salarios no se determinan en relación del uno con el otro. Otra, aquella en que cada país produce dos o más bienes, uno de los cuales es común a ambos y es producido en el sector de subsistencia.

Supongamos que en el primer caso el país A produce trigo, y el país B produce cacahuetes. Los precios relativos se determinan únicamente por la oferta y la demanda. Supongamos que en A se desarrolla un sector capitalista que aplica nuevas técnicas a la producción de trigo. Al principio puede conseguir mano de obra en forma ilimitada a un salario medio de trigo relacionado con la producción media de trigo en condiciones de subsistencia. Con el tiempo, sin embargo, el exceso es eliminado y los salarios en trigo comienzan a aumentar. Si las técnicas capitalistas que dieron resultado en la producción de trigo, son igualmente aplicables a los cacahuetes, compensará exportar capital a B, donde se dispone de mano de obra en forma ilimitada a un salario relacionado con la producción media de cacahuetes en condiciones de subsistencia.

Como en el caso discutido antes, los salarios en A se mantendrán bajos debido a la rentabilidad del capital invertido en B. Sin embargo, un nuevo elemento entra en juego, debido a los efectos de la inversión sobre las relaciones reales de intercambio. Cuando se invierte capital en A y aumenta la producción de trigo, el precio de los cacahuetes aumentará relativamente. De aquí que los trabajadores capitalistas en A, así como los trabajadores de subsistencia en A, se encontrarán en peor situación en términos de cacahuetes, aunque ingresen el mismo salario real de trigo, y los trabajadores en B se encontrarán en mejor situación en términos

de trigo al mismo tiempo que ingresan la misma cantidad en cacahuetes. Cuando se invierte capital en B sucede lo contrario: las relaciones reales de intercambio tienden a situarse en contra de los trabajadores de B y en favor de los trabajadores de A.

Se deduce de lo anterior que la exportación de capital puede beneficiar a los trabajadores en conjunto si se aplica a incrementar la oferta de bienes que ellos importan. Por ejemplo, en la Gran Bretaña, en 1850, la inversión exclusiva en el país en la industria del algodón, si bien tendía a aumentar los salarios, podría también haber empeorado todavía más las relaciones reales de intercambio contra dicha industria del algodón.

Cuando pasamos a la segunda variante, el resultado es el mismo, excepto que las relaciones reales de intercambio están ahora determinadas. Supongamos que los dos países producen alimentos, pero no comercian con ellos. El país A, produce también acero y el país B produce también caucho. Si B puede liberar una oferta ilimitada de mano de obra desde la producción de subsistencia de alimentos, los salarios en B igualarán el producto medio (no marginal) de los alimentos (prescindiendo de la diferencia entre los salarios de subsistencia y los salarios capitalistas). En A asimismo el salario no puede descender por debajo de la productividad en la industria de alimentos. Podemos simplificar el análisis suponiendo que, en el primer ejemplo, el trabajo es único factor de producción y que el trabajo de un día

en A produce 3 unidades de alimentos o 3 de acero
 en B produce 1 unidad de alimentos o 1 de caucho.

Los ingresos en A serán entonces tres veces los ingresos en B (la diferencia en la productividad de alimentos), y el tipo de cambio será 1 unidad alimentos = 1 acero = 1 caucho. Supongamos ahora que la productividad aumenta en la industria del caucho de B solamente, de forma que el trabajo de un día produce 3 unidades de caucho. Esta situación es excelente para los trabajadores de A, puesto que con 1 unidad de acero adquirirán ahora 3 de caucho. Pero no beneficiará a los trabajadores de B (excepto en el caso de que compren caucho) puesto que sus salarios continuarán siendo 1 unidad de alimentos. Si, por otra parte, la economía

de subsistencia viene a ser más productiva, los salarios aumentarán correlativamente. Supongamos que 1 unidad de trabajo en un día en B produzca ahora 3 unidades de alimentos o 1 de caucho; los salarios serán tan elevados en B como en A y el precio del caucho sería ahora 1 unidad de caucho = 3 de acero. La situación de los trabajadores en A mejora si la productividad en B aumenta en lo que ellos compran, y empeora si la productividad en B aumenta en el sector de subsistencia de B. Los trabajadores de B mejoran sólo si la productividad aumenta en su sector de subsistencia; todos los otros aumentos de la productividad son perdidos en las relaciones reales de intercambio.

Tenemos aquí la respuesta a la cuestión de por qué la producción tropical es tan barata. Tomemos, por ejemplo, el caso del azúcar. Es ésta una industria en la que la productividad es extremadamente elevada para cualquier nivel biológico. Es también una industria en la que la producción por acre se ha triplicado aproximadamente en el curso de los últimos setenta y cinco años, tipo de crecimiento de la productividad que no tiene paralelo en ninguna otra industria del mundo—ciertamente no en la del trigo—. No obstante los trabajadores de la industria del azúcar continúan andando descalzos y viviendo en chozas, mientras los trabajadores ocupados en la producción de trigo disfrutaban de uno de los más altos niveles de vida del mundo. La razón es que los salarios en la industria del azúcar están relacionados con la circunstancia de que los sectores de subsistencia de las economías tropicales son capaces de desprenderse de cuantos trabajadores pueda desear la industria del azúcar, a salarios que son bajos, porque la producción tropical de alimentos por habitante es baja. A pesar de lo muy productiva que pueda ser la industria del azúcar, el beneficio se dirige principalmente a los compradores industriales en forma de precios más bajos para el azúcar (los capitalistas que invierten en azúcar no se incluyen en el razonamiento, porque sus ingresos están determinados no por la productividad de este bien, sino por el tipo general de beneficio sobre el capital; la razón es que, el prescindir del capital, en este razonamiento y en el siguiente sobre los efectos del cambio en la productividad sobre los salarios y las relaciones reales de intercambio, simplifica el análisis sin afectar significativamente sus resultados). Para aumentar el pre-

cio del azúcar debe incrementarse la productividad de las economías tropicales de subsistencia de alimentos. La contribución del mundo templado al mundo tropical, sea en capital o en conocimientos técnicos, se ha limitado principalmente a los cultivos comerciales para la exportación, donde el beneficio se dirige sobre todo al primero de dichos mundos en forma de precios más bajos. Los precios de los cultivos tropicales comerciales permitirán siempre solamente salarios de subsistencia hasta que, debido a una modificación, el capital y los conocimientos técnicos sean puestos a disposición de los productores de subsistencia con el fin de aumentar la productividad de la producción tropical de alimentos para el consumo nacional.

El análisis se aplica a todos los productos tropicales comerciales de los cuales puede producirse una oferta ilimitada porque existen recursos naturales ilimitados en relación con la demanda, por ejemplo, tierra de calidad apropiada. No se aplica donde sean escasos los recursos naturales de una clase particular. Por ejemplo, las tierras apropiadas para cultivar azúcar o cacahuets son muy abundantes. Pero las tierras con recursos minerales, o tierras adecuadas para el cacao son relativamente escasas. De aquí que el precio de un mineral o del cacao puede aumentar hasta cualquier nivel compatible con la demanda. Si las tierras son propiedad de los capitalistas, que emplean trabajadores, esto dará lugar a pocas diferencias en sus salarios. Pero si las tierras escasas son propiedad de campesinos, éstos pueden llegar a ser ricos. En general, los campesinos han conseguido poco de sus tierras ricas en minerales especialmente cuando éstas han sido expropiadas por gobiernos imperialistas (o declaradas propiedad de la Corona) y vendidas a capitalistas extranjeros por un pedazo de pan. El cacao es el único caso (dudoso) en que parece que una escasez mundial de tierra adecuada puede aportar de una forma permanente a los campesinos ingresos superiores a los que podrían obtener de la producción de subsistencia de alimentos.

Lo anterior no quiere decir que los países tropicales no ganen *nada* con tener capital extranjero invertido en la producción comercial para la exportación. Consiguen una fuente adicional de empleo y de tributación. La acumulación de capital fijo dentro de sus fronteras aproxima también el día en que la demanda de mano

de obra se verá alcanzada por la oferta (aunque esto no elevará los salarios en ningún país tropical hasta que empiecen a aumentar en todos, puesto que si no fuera así el capital se transferiría simplemente a los países donde existe todavía un exceso). Lo que dichos países no conseguirán es aumentar los salarios reales; el beneficio total del aumento de la productividad en el sector comercial se dirige al consumidor extranjero, por lo menos en las primeras etapas. En las últimas etapas pueden también beneficiarse si sus campesinos imitan las técnicas capitalistas de forma que aumente la productividad de subsistencia; o si el incremento continuo de la producción de cultivos comerciales hace que las relaciones reales de intercambio se alteren en favor de la producción de subsistencia de alimentos; cualquiera de estos cambios reaccionaría sobre los salarios reales (ver Sección 8), pero realmente solamente se registraría lo anterior cuando dichos cambios se hubieran extendido a través de todo el mundo tropical.

14. En el siguiente caso suponemos que los dos países pueden producir las mismas cosas y mantienen intercambio mutuo. A, es el país en que la mano de obra es escasa; B, el país en que se dispone de mano de obra en forma ilimitada en el sector de subsistencia (alimentos). Utilizando la estructura clásica para la ley de los costes comparativos registramos que el trabajo de un día:

en A, produce 3 unidades de alimentos o 3 de manufacturas de algodón;

en B, produce 2 unidades de alimentos o 1 de manufacturas de algodón.

Esto, realmente, da una respuesta equivocada a la cuestión de "quien deberá especializarse en qué", puesto que hemos considerado los productos medios en vez de los marginales. Podemos suponer que éstos coinciden en A y también en las manufacturas de algodón en B. Entonces debemos registrar, en términos marginales, que el trabajo de un día:

en A, produce 3 unidades de alimentos o 3 de manufacturas de algodón;

en B, produce 0 unidades de alimentos o 1 de manufacturas de algodón.

B, deberá especializarse en las manufacturas de algodón y deberá importar alimentos. En la práctica, sin embargo, los salarios

serán 2 unidades de alimentos en B y entre 3 y 6 unidades de alimentos en A, a cuyos niveles será "más barato" para B exportar alimentos e importar algodón.

Esta divergencia entre lo real y lo que podría ser constituye la inconsistencia más seria que la existencia de exceso de mano de obra produce a la teoría neoclásica del comercio internacional. He sorprendido a muchos economistas, que equivocadamente han aconsejado a países subdesarrollados sobre la base de costes monetarios corrientes, en vez de levantar el velo para ver lo que se encuentra detrás del mismo. He sorprendido también a muchos países que han permitido (o sido forzados a permitir) que sus industrias fueran destruidas por importaciones extranjeras baratas, con el único efecto de aumentar el volumen de exceso de mano de obra, cuando la renta nacional habría aumentado si las industrias nacionales hubieran sido protegidas de las importaciones. La culpa no es de la ley de los costes comparativos, que permanece válida si se considera en términos marginales reales, sino de aquellos que han olvidado que los costes monetarios son totalmente desorientadores en las economías en que existe un exceso de mano de obra al tipo de salario imperante.

Por supuesto, si el trabajo es un bien libre, pero las dos industrias utilizan algún recurso escaso, tal como tierra o capital, la comparación debe hacerse no en términos del coste de trabajo, sino en términos del recurso escaso. Así, incluso aunque la mano de obra se encuentre parada, puede ser más económico utilizar capital para aumentar la producción de alimentos que utilizarlo para crear nuevas industrias de manufacturas. Adam Smith, como de costumbre, estaba sobre la cuestión; constituyó la esencia de su afirmación de que una tarifa arancelaria no podía aumentar la renta nacional, incluso si aumentaba el empleo, puesto que simplemente trasladaría capital desde usos más productivos a otros menos productivos. (El modelo keynesiano no es apropiado, puesto que supone ilimitado el capital y supone también la existencia de paro). Asimismo, puede haber casos en que es más económico utilizar capital para crear nuevas industrias que ampliar otras ya existentes, y en qué no obstante realizar esto no es lo más provechoso, en sentido financiero, porque ha de pagarse al trabajo un salario cuando su productividad marginal es realmente cero. Ade-

más muchas actividades industriales no utilizan en realidad más recursos escasos que el trabajo. Por ejemplo, las industrias de artesanía y caseras especialmente, que pueden proporcionar empleo hasta a un 10 por 100 de la población en países atrasados, no utilizan recursos de capital. Sin embargo, éstas son las primeras industrias que desaparecen cuando se llevan a cabo importaciones baratas de manufacturas (por ejemplo, el estrago causado a la industria del algodón de la India en la primera mitad del siglo XIX).

La ley de los costes comparativos, rectamente aplicada, nos capacita para predecir el modelo del comercio internacional. Podemos afirmar que aquellos países que tienen recursos agrícolas no adecuados en relación con sus poblaciones (por ejemplo, India, Japón, Egipto, Gran Bretaña, Jamaica), deben vivir importando productos agrícolas y exportando manufacturas; manufacturas metálicas si poseen carbón y minerales (India, Gran Bretaña) y manufacturas ligeras si no los poseen (Japón, Egipto, Jamaica). Correspondientemente, países que son ricos en terrenos agrícolas (U. S. A., Argentina) deberían ser exportadores netos de productos agrícolas con relaciones reales de intercambio relativamente buenas. Generalmente, este modelo se altera por la divergencia entre los costes monetarios y los costes reales. Pero si la población mundial continúa creciendo al ritmo corriente, este modelo debe aparecer en escena con el tiempo, a no ser que existan desarrollos revolucionarios en la ciencia agrícola.

Continuemos, sin embargo, examinando este caso suponiendo que no tiene lugar ninguna alteración. Como antes, A se desarrolla mientras B tiene un exceso de mano de obra en alimentos. Supongamos que el trabajo de un día:

en A, produce 5 unidades de alimentos o 5 de manufacturas de algodón;

en B, produce 1 unidad de alimentos o 3 de manufacturas de algodón (media);

B podría especializarse en algodón y realmente así lo hará. Los salarios y los precios están determinados. El salario en B será 1 unidad de alimentos, el precio del algodón será 1 unidad de algodón igual a 1/3 de alimentos, el salario en A será 5 unidades de alimentos y A obtendrá todo el beneficio del intercambio. Supongamos

ahora que la productividad aumenta en la industria del algodón de B. El salario de B no cambia y la totalidad del beneficio se dirige a A. Pero si la productividad aumenta en la industria de alimentos de B (siendo el aumento medio de 1 a 2) el salario de B aumentará (de una unidad de alimentos a 2). El salario de A será todavía 5 unidades de alimentos, pero el algodón será ahora más caro (1 de algodón igual a $2/3$ de alimentos), con ventaja para B y desventaja para A. (El salario de B está determinado porque existe mano de obra disponible en forma ilimitada a un salario de subsistencia; y todo el beneficio del cambio va a parar a A, porque B produce ambos bienes).

15. Ya es hora de decir alguna cosa sobre el efecto del incremento de la productividad de subsistencia en los países con exceso de mano de obra. El análisis es el mismo que el realizado para la economía cerrada (sección 8) excepto que ahora debemos considerar la totalidad del mundo como si fuera una economía cerrada. Debemos también considerar el sector comercial de estas economías como si fuera una parte del sector capitalista mundial. Entonces, si el sector capitalista mundial no depende de los campesinos en lo que respecta a los alimentos, incluso para mantener a sus trabajadores de las plantaciones y de las minas en los países con exceso de mano de obra, un aumento de productividad de los campesinos debe aumentar los salarios en contra de los capitalistas. Para tener este efecto, sin embargo, la productividad debe aumentar en todos estos países; si no fuera así los capitalistas simplemente se trasladarían de los países donde la productividad de subsistencia ha aumentado a aquellos donde no ha aumentado.

Si, por otra parte, suponemos que los capitalistas necesitan los alimentos de los campesinos y que la demanda de dichos alimentos es inelástica, entonces, el aumento de la productividad reduce el precio de los alimentos aún más, y así se reduce la participación de los trabajadores capitalistas en el producto capitalista. Esto, repetimos, supone que los cambios tienen una amplitud mundial; si un país aumenta su productividad, el precio de los alimentos no descenderá; los salarios aumentarán en ese país, y los capitalistas se trasladarán a otra parte. Sin embargo, incluso si el precio de los alimentos descende, los campesinos consumirán la mayor parte de su producción y mejorarán su situación. Por ejemplo, supongamos que

un campesino produce 100 unidades de alimentos, de los que consume 80 y vende 20 a cambio de otras 20 de manufacturas. Supongamos ahora que su productividad aumenta a 200, reduciéndose el precio de los alimentos más de la mitad, por ejemplo a 0,4. El campesino puede tener ahora 30 de manufacturas, costándole 75 de alimentos y consume 125 de alimentos en vez de 80. El nivel de vida en los países con exceso de mano de obra aumenta de esta forma hasta una situación más próxima a la de los países adelantados, pero las relaciones reales de intercambio se alteran en contra de los alimentos y de los productos comerciales de los países con exceso de mano de obra (se alterarían en favor de los productos comerciales si la elasticidad de la demanda de los alimentos fuera 1,0 o más).

En la práctica, la producción de alimentos en los países tropicales con exceso de mano de obra es sólo una pequeña parte de la producción mundial de alimentos (Asia y África producen conjuntamente menos del 20 por 100 de los alimentos mundiales). De aquí que los aumentos en la productividad de los alimentos en los trópicos no pueden reducir *pari passu* el precio de los mismos. Por tanto, los salarios reales aumentarán y las relaciones reales de intercambio se moverán en favor de los productos comerciales tropicales. Esto empeorará la situación de la mano de obra en los países industriales, en tanto en cuanto ésta compre tales productos, y la beneficiará en tanto en cuanto los países tropicales compitan en la producción industrial.

16. Todo lo anterior nos lleva, finalmente, al caso en que los dos países A y B producen bienes que compiten para vender en terceros mercados. Su estudio no necesita que nos detengamos demasiado. Si se exporta capital en formas que aumenten la producción de subsistencia en el país importador de capital, los trabajadores en el país exportador de capital se beneficiarán, puesto que los salarios de sus rivales aumentarán. Si, empero, el capital es exportado para incrementar la productividad en el sector exportador del país importador de capital, los trabajadores del país exportador de capital se verán doblemente perjudicados, primero por la reducida acumulación de capital en el país y, después, por la caída de los precios de sus rivales.

17. Podemos concluir como sigue. La exportación capital tien-

de a reducir los salarios en los países exportadores de capital. Esta situación se verá total o parcialmente compensada si el capital se aplica para abaratar los bienes que los trabajadores importan, o para aumentar los costes salario en los países que compiten en terceros mercados (aumentando la productividad en sus sectores de subsistencia). Sin embargo, la reducción de los salarios se verá agravada si el capital se invierte en forma que aumente el coste de las importaciones (incrementando la productividad en los sectores de subsistencia), o que aumente la productividad de las exportaciones competitivas. Hemos visto también que los países importadores de capital con exceso de mano de obra no perciben un incremento en los salarios reales por el hecho de tener capital extranjero invertido en ellos, a no ser que este capital dé lugar a un aumento de la productividad en los bienes que ellos producen para su propio consumo.

III. RESUMEN

18.—Podemos resumir este artículo como sigue:

1. En muchas economías se dispone de una oferta ilimitada de mano de obra a un salario de subsistencia. Este fué el modelo clásico. El modelo neoclásico (incluyendo el keynesiano) cuando se aplica a dichas economías conduce a resultados erróneos.

2. Las principales fuentes de las que los trabajadores proceden cuando tiene lugar el desarrollo económico son la agricultura de subsistencia, la mano de obra eventual, el pequeño comercio, el servicio doméstico, las esposas e hijas en el hogar y el incremento de la población. En la mayoría, pero no en todos estos sectores, si el país está superpoblado en relación con sus recursos naturales, la productividad marginal del trabajo es muy pequeña, cero o incluso negativa.

3. El salario de subsistencia al cual se dispone de este exceso de mano de obra para su empleo puede estar determinado por una visión convencional del mínimo requerido para la subsistencia; o puede ser igual al producto medio *per capita* en la agricultura de subsistencia, más un margen.

4. En una economía de esta clase el empleo aumenta en el sector capitalista cuando tiene lugar la formación de capital.

5. La formación de capital y el progreso técnico no dan lugar a un aumento de los salarios, sino a un aumento de la participación de los beneficios dentro de la renta nacional.

6. La razón por la que el ahorro es bajo en relación con la renta nacional en una economía subdesarrollada no es que la población sea pobre, sino que los beneficios capitalistas son bajos en relación con la renta nacional. Cuando el sector capitalista se amplía, los beneficios aumentan relativamente, y se reinvierte una proporción creciente de la renta nacional.

7. El capital se forma no sólo a partir de los beneficios, sino también a partir de la creación de crédito. Con este modelo, el coste real del capital creado por la inflación es cero, y este capital es tan útil como el que se puede crear de una forma más ortodoxa (es decir, con los beneficios).

8. La inflación con el fin de mantener recursos para la guerra puede ser acumulativa; pero la inflación con el fin de crear capital productivo es autodestructiva. Los precios aumentan cuando se crea el capital, y disminuyen después cuando la producción de dicho capital llega al mercado.

9. El sector capitalista no puede expandirse mediante todas estas formas indefinidamente, puesto que la acumulación de capital puede tener lugar más aprisa que el ritmo de crecimiento de la población. Cuando se agota el exceso de mano de obra, los salarios comienzan a aumentar sobre el nivel de subsistencia.

10. El país está, sin embargo, rodeado de otros países que tienen exceso de mano de obra. De consiguiente, tan pronto como sus salarios comienzan a aumentar, la inmigración en masa y la exportación de capital actúan frenando el aumento.

11. La inmigración en masa de mano de obra no cualificada podría incluso aumentar la producción *per capita*, pero su efecto sería mantener en todos los países los salarios próximos al nivel de subsistencia de los países más pobres.

12. La exportación de capital reduce la formación de capital en el país y mantiene los salarios a un nivel bajo. Esto es compensado si la exportación de capital abarata los bienes que los trabajadores importan, o aumenta los costes salario en los países competidores. Pero la situación se agrava si la exportación de capital

aumenta el coste de las importaciones o reduce los costes en los países competidores.

13. La importación de capital extranjero no aumenta los salarios reales en los países que tengan exceso de mano de obra, a no ser que el capital dé lugar a un aumento de la productividad en los bienes que ellos producen para su propio consumo.

14. La principal razón por la que la producción *comercial* tropical es tan barata en términos del nivel de vida existente es la ineficiencia de la producción tropical de *alimentos* por hombre. Prácticamente, todo el beneficio de un aumento de la eficiencia en las industrias de exportación se transfiere al consumidor extranjero; mientras que un aumento de la eficiencia en la producción de alimentos de subsistencia encarecerá automáticamente la producción comercial.

15. La ley de los costes comparativos es tan válida en países con exceso de mano de obra como en los otros. Pero mientras que en estos últimos constituye un fundamento válido para los razonamientos en favor del libre comercio, en los primeros constituye un fundamento igualmente válido para los razonamientos en favor de la protección.

W. ARTHUR LEWIS